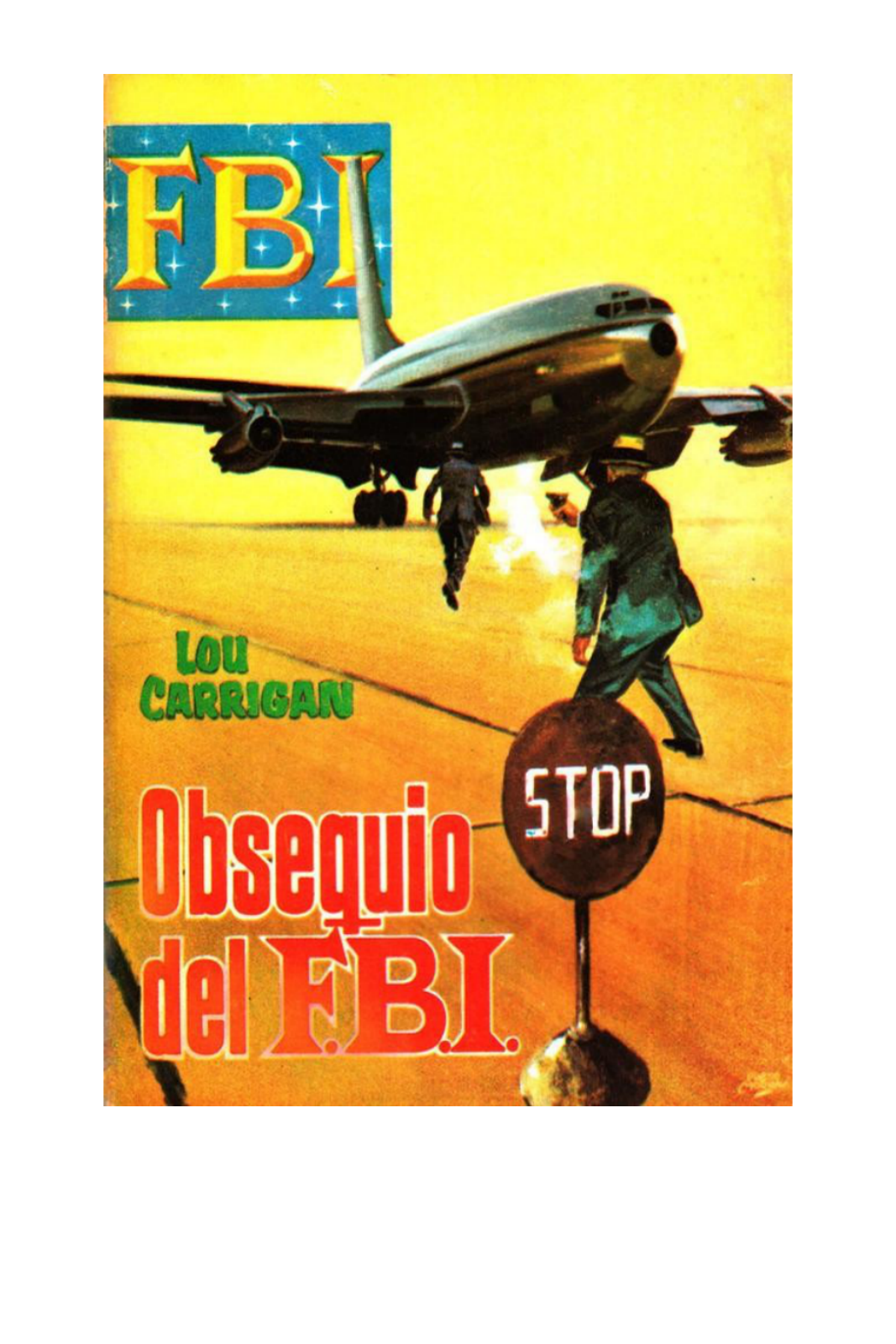


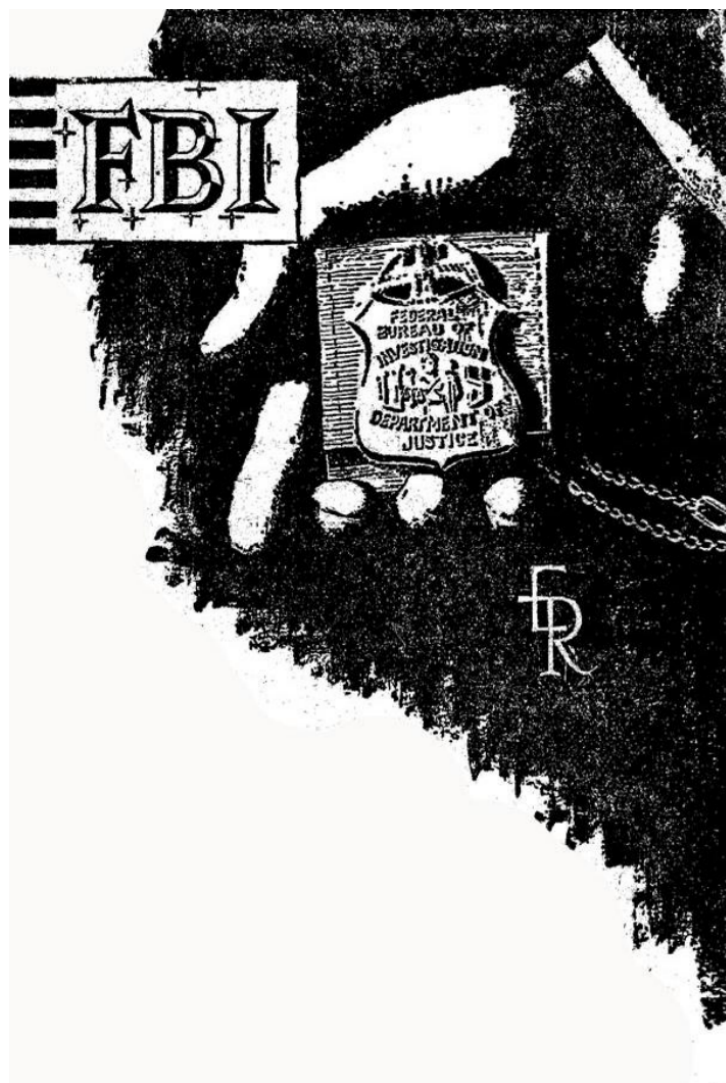


FBI

**LOU
CARRIGAN**

**Obsequio
del F.B.I.**

STOP



Título del original, en inglés:
A PRESENT FROM THE F.B.I.

© Lou Carrigan
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Número de Registro: 2.168-66
Depósito Legal: M. 10.242-1960

Printed in Spain

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. MADRID-19

LOU CARRIGAN

Obsequio del F.B.I.

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Ultimas obras de LOU CARRIGAN publicadas en
nuestras colecciones:

Colección F.B.I.:

- Núm. 738.—Espía profesional.
- » 752.—El gran traidor.
- » 758.—Cariño: este tipo está muerto.

Colección U. S. MARSHAL:

- Núm. 6.—Ha pasado un «marshal».
- » 9.—Frío de muerte.
- » 25.—Una placa para dos.

Colección RURALES DE TEXAS:

- Núm. 120.—A la caza del hombre.
- » 126.—Siempre ganan los rurales.
- » 132.—Cuartel de rurales.

Colección CORNILARGO:

- Núm. 19.—Cuestión de valor.
- » 23.—Ese hombre con revólver.

Colección PANZER DIVISION:

- Núm. 5.—Camino de hielo.
- » 11.—«Alexandria».
- » 27.—Tu fría tumba.

Colección GANGSTERS:

- Núm. 164.—Silencio: llega un ladrón.
- » 170.—Un muerto simpático.
- » 172.—Cogido en sus redes.

Colección PATRULLA DE COMBATE:

- Núm. 148.—Hara-kiri.
- » 156.—Los esclavos.

PRELUDIO

GEORGI Pavlof, ciudadano soviético, llevaba gafas de sol y una linda barbita rubia, pero sabía que eso no era suficiente; por otra parte, no había tenido tiempo para más. Su disfraz tenía que dar resultado tal como estaba, o no lo daría jamás, por mucho que hiciese.

Como inconveniente, estaban las gafas de sol. Por mucho que mirase a través de los oscuros cristales, jamás vería lo suficiente para saber a qué atenerse en un aeródromo como el de Ankara. Realmente, ni aunque hubiese llevado sendos telescopios en lugar de dos cristales oscuros habría podido ver lo que le interesaba.

La conclusión definitiva era que, en aquella ocasión, sus ojos no iban a servirle de nada. Si en algo podía confiar su vida era en su instinto. Solamente en su instinto.

Y el instinto de Georgi Pavlof le decía que no tenía que tomar aquel avión de la línea Ankara-Roma-Maspalomas-New York. Era sólo el instinto. Pero si hay algo que conserve la vida de un espía es, precisamente, únicamente, el Instinto.

Por eso, miraba con cierta nostalgia el avión, cuyas luces rojas y verdes, nocturnas, marcaban ya su emplazamiento antes del vuelo. Él tenía que haber salido en aquel avión, pero... Bueno, aviones hay muchos y vida sólo hay una para cada mortal.

De modo que el espía Georgi Pavlof dejó partir el avión. A última hora se dijo que quizá había sido demasiado precavido... Posiblemente, habría podido tomar aquel avión sin ningún contratiempo...

—Hola, Georgi Pavlof.

Se quedó helado, medio escondido entre aquellas palmeras del rincón del vestíbulo del aeropuerto de Ankara. Era cierto que su

disfraz no valía gran cosa, ya que le habían reconocido. Y entonces comprendió que había hecho bien en no acercarse al avión. Si lo hubiese hecho, lo habrían acribillado, le habrían quitado la cartera...

—¿Cómo dice? —preguntó en turco.

El hombre que había aparecido junto a él sonrió inexpresivamente. Y continuó hablando en ruso:

—¿Has decidido quedarte con nosotros, Georgi Pavlof?

—No le entiendo —insistió Georgi en turco.

El hombre sonrió más ampliamente, sacó una enorme pistola, y la apuntó al vientre de Pavlof.

—De momento, dame la cartera. Luego hablaremos de lo demás.

—Oiga, no comprendo...

—¡Déjate de estupideces! Sabes perfectamente que es perder el tiempo venir haciendo teatro a un agente de la

N. K. V. D.

¡Dame la cartera y camina hacia el vestíbulo interior!... Nos están esperando.

Georgi comprendió que aquello era cierto. Había tenido el presentimiento de no tomar el avión y había acertado. Pero no había tenido el presentimiento de marcharse inmediatamente de allí... y había fallado con esto.

—Está bien... —suspiró en ruso.

Tendió la cartera, con su mano derecha, dócilmente. El hombre que le apuntaba con la pistola adelantó su mano izquierda, tomó la cartera y la sopesó.

—¿Están aquí los planos originales?

—Sí...

—¿No has tomado micro fotos?

—No he tenido tiempo —se lamentó Pavlof.

—Claro... —rió entre dientes el otro—. Ha sido una larga huida desde Rusia, Georgi Pavlof... El regreso será más fácil, más... directo. Vamos hacia el interior.

El avión estaba ya suspendido en el aire, potente, seguro... En menos de veinticuatro horas estaría en los Estados Unidos. También Pavlof quería llegar a Estados Unidos con aquella cartera o, por lo menos, con su contenido, ya fuese en planos originales o en fotocopias tomadas en microfilm.

Pavlof vio a los otros dos hombres no demasiado lejos de ellos, mirándolos. Había sido localizado y, a no dudar, el círculo estaba estrechamente cerrado alrededor de él. La alternativa era muy clara: morir entonces, intentando escapar..., o morir con toda seguridad un par de días después, en Moscú.

Una alternativa que no admitía dudas para una mente de lógica y de inteligencia claras.

—Sí... Vamos...

De la manga izquierda de su chaqueta cayó algo en la mano de Georgi Pavlof, a un ligero movimiento del brazo. Casi en seguida, se oyó un suave chasquido y el brillo del acero se dejó ver, por un instante, antes de que la aguda hoja se clavase en el vientre del otro hombre...

Su alarido llegó, apagado, hacia el interior del vestíbulo. Más que ese alarido, fue su gesto y la actitud de Georgi Pavlof lo que hizo comprender a los otros dos hombres que las cosas no estaban marchando a su gusto y conveniencia de ellos. Vieron a su compañero encogerse, doblarse, como olvidado de su pistola. Vieron a Georgi Pavlof quitársela velozmente de entre los dedos, empujarlo rudamente y quedarse con la cartera en la mano derecha...

—¡Alto!...

Georgi Pavlof dejó la navaja clavada en el estómago del hombre que le había dado el alto, empuñó la pistola con la mano derecha, la cartera con la izquierda, y echó a correr, hacia la zona en sombras del aeropuerto de Ankara.

Detrás de él, dos hombres..., a los que se unieron tres más, escalonadamente, apareciendo de diversos puntos.

De modo sorprendente, muy pocas personas se habían dado cuenta de lo que estaba ocurriendo. Veían correr a unos cuantos hombres detrás de otro que llevaba una cartera en una mano, pero eso era todo. Luego, oyeron los disparos, los gritos, las exclamaciones... Los hombres corrían ya hacia la salida del aeropuerto, persiguiendo a otro cuya frente se había llenado de sudor y cuyo índice derecho se crispaba excitadamente en el gatillo de la pistola...

Era una persecución que Georgi Pavlof conseguiría burlar... Una persecución que terminaría algunas semanas más tarde, en una

ciudad de la Baja California de Méjico, llamada La Paz.

I

TENÍA los ojos color mar... Color mar, exactamente. Eso quería decir que, según la luminosidad del día podían ser verdes, o azules, o gris opaco, o gris resplandeciente... Quizá, unos veinticuatro años. Y sin quizá, el cuerpo más perfecto que pudiera desear una mujer. Llevaba los negros cabellos muy cortos y se veía, destacando, su bonito cuello tostado por el sol, su sugestivo escote insinuante. Llevaba manicura, sombreador de párpados, carmín... y ya está. Lo demás, era natural. Por completo natural y estupendo.

Fue la primera persona que descendió del avión que llegaba de Estados Unidos. Lo hizo lentamente, tranquila, como disfrutando del sol, del calor, del polvo, del paisaje seco, más bien áspero. Su equipaje de mano era un pequeño bolsito de colores, que hacía juego con su indumentaria estival.

Tenía unas piernas sensacionales y, para colmo, las ayudaba con unos zapatos de altísimo tacón, diminutos. Era poco probable que en el aeropuerto de La Paz, Baja California, Méjico, se hubiese visto una mujer así en lo que iba de siglo. O sea, nunca.

Pasó la aduana con toda normalidad, a excepción de la ardiente mirada del empleado mejicano, cuyos redondos ojos picarones quedaron en blanco unos segundos cuando ella partió, ahora con su bolsito y una maleta no demasiado grande. Movía las caderas en rapidísimo vaivén de muñequita a cuerda; era como una brisa inesperada que pudiese desvanecer todo el bochorno del clima mejicano.

A la salida del aeropuerto, un tipo alto, de cabellos color tabaco y negros ojos burlones, cuyo bigotazo casi tapaba su boca como una cortina, subió rápidamente el periódico, ocultando tan indescriptible e identificable rostro. Era un tipo que llevaba camisa

de colorines, sandalias, pantalones blancos y una inmensa, colosal apatía que parecía poco menos que clavarlo al suelo.

Sin embargo, sus burlones ojos vieron a la muchacha desdeñar los servicios de varios maleteros y dirigirse directamente a un taxi. Eso hizo sonreír al tipo que tenía los bigotes como una cortina. Luego, cuando el taxi que tomara la espléndida mujer se alejaba del aeropuerto, él se metió, lánguidamente, en un descomunal «Cadillac» rojo cegador, encendió un retorcido «matasuegras» liado a mano y puso en marcha tan fenomenal automóvil. Por un instante pareció que aquel tipo de los bigotes tuviese una docena de ojos, de modo que podía mirar hacia todos lados... Especialmente, hacia atrás, por el espejo retrovisor. Delante de éste, en una placa de plástico, iba la licencia del vehículo, a nombre de un tal Ramón Ramírez.

Y por delante, en el taxi, la preciosa mujer de los ojos color mar estaba encendiendo un cigarrillo, mientras su mirada se cruzaba intensamente con la del chófer, por medio del retrovisor.

—Hace calor —dijo el chófer.

—¿Usted cree?

—Seguro... Pero puede que nieve pronto.

—¿En Méjico? —sonrió ella.

—También en Méjico existe la Navidad —sonrió él.

La hermosa mujer se relajó. Se acarició la finísima garganta y dijo:

—Mi nombre por estos lugares va a ser Bubu Lafayette.

—Y el mío, Carmelo. ¿Tuvo buen viaje?

—Aburrido, como todos. Entiendo que es usted un espía, Carmelo.

—Igual que usted, Bubu —casi rió el hombre—. ¿Trabaja para el F. B. I.?

—¡Lagarto, lagarto! —rió Bubu Lafayette—. Creo que es mucho mejor hacerlo para la

C. I. A.

—Exacto —dijo Carmelo, serio ahora—. ¿Trae alguna noticia que pueda considerarse, nueva?

—No. ¿Sabe usted si ha llegado el espía ruso, ese tal Georgi Pavlof?

—Seguramente, ha llegado. Pero nada sé de él. Se supone que el contacto va a realizarlo con el agente enviado de Estados Unidos... O sea, con usted.

—¿Hay algún cambio de planes o de comportamiento?

—Ninguno, que yo sepa. La llevaré ahora al motel «Alegrías». Tiene allá reservado un «*bungalow*», si no estoy mal informado.

—Está bien informado... —asintió Bubu—. ¿Se ha dedicado a vigilar el «Alegrías» últimamente, Carmelo?

—Desde luego. Pero no he podido observar nada que valga la pena. Ese ruso, sin duda, es un hombre corriente. Ya sabe lo que quiero decir...

—Sí, sí... Nada de un tipo barbirrojo, de dos metros de estatura y cosas de ésas... Supongo que el «motel» Alegrías no tiene registrado a nadie llamado Georgi Pavlof.

—Claro que no. Ese tipo de la
N. K. V. D.

debe estar utilizando un nombre americano..., quiero decir norteamericano, o latino: Smith Brown, Pérez, García...

—Ya sé, ya sé... ¿Debo considerarlo a usted como contacto tangible en este asunto?

—Ni mucho menos... —negó Carmelo—. Mi misión va a ser ayudarla en la sombra, Bubu. Procuraré estar a su lado cuando me necesite, pero eso será todo. No deberá usted buscarme a mí, sino yo a usted... Ésas son las instrucciones de nuestro servicio central de la

C. I. A.

¿No está de acuerdo?

—Por supuesto que sí. ¿Quedamos, pues, en que, bajo ningún pretexto podré llamarlo en ningún momento a ningún sitio...?

—Hum... Bueno... No hay que exagerar. Sería lamentable que usted se encontrase en un apuro y yo estuviese dedicado a tomar el sol... SI en un momento dado necesitase auténtica ayuda, puede llamar a un bar llamado «La Playa». El número está en el listín de La Paz. En ese número pida, simplemente, por Carmelo. Si no estuviese, deje recado de que la pasajera «500» le necesita. ¿Okay, Bubu?

—Okay, Carmelo. ¿Cuál es su verdadero nombre?

—Nada de nombres, hermana. Ni usted a mí el suyo, ni yo a

usted el mío. No por desconfianza entre miembros de la
C. I. A.,

ya sabe. Pero si le atrapan a uno, no tiene por qué saber demasiadas cosas... Costumbre de la casa.

—De acuerdo, Carmelo. Lléveme al motel «Alegrías» y esperemos que ese Georgi Pavlof se deje ver pronto y exponga con más claridad esa «sensacional» oferta. ¿Cuántas cabañas tiene ese motel?

—Treinta. De ellas, diez dan directamente a la playa. Ésos son los «*bungalows*» más caros y, como es natural, usted ocupará una de esas diez lujosas cabañas, a la espera de nuestro «amigo» Georgi Pavlof. Eso... significa un determinado riesgo, Bubu.

—Ya lo sé... —musitó la hermosa muchacha—. Ese ruso sabe cuál es la cabaña que yo voy a ocupar, puesto que él la indicó. En cambio, yo no sé de él ni siquiera si lleva bigote.

—Vaya con cuidado... —masculló Carmelo—. A veces se citan a un par de nuestros agentes en tal o cual sitio... y es solamente para eliminarlos. No olvides que no solamente la

C. I. A.

tiene buenos... exterminadores. Precisamente, los rusos son maestros en eso de liquidar gente.

—La oferta de ese Pavlof parecía interesante.

—Claro. No van a atraer a un agente de la

C. I. A.

con la oferta de proporcionarle una escoba de seis utilidades, digo yo... Tiene que ser algo serio.

—Me encanta su buen humor, Carmelo.

El falso Carmelo miró socarronamente a la muchacha por el retrovisor. Carmelo debía tener treinta y cinco años, era guapo a lo mejicano, moreno, de grandes ojos oscuros y rasgados y tenía una boca grande y simpática, en uno de cuyos lados iba un pedazo de feroz tagarnina.

—Y a mí me encantan las chicas guapas metidas a espías... ¿Quién la engañó, bonita?

—Pues... Bueno, creo que me sentí emocionada por la vida que lleva una amiga mía... y posiblemente de usted, Carmelo. Y decidí imitarla.

—¿Una amiga común? Lo dudo... ¿A quién se refiere?

—A Brigitte Montfort.

Carmelo estuvo a punto de atragantarse con la tagarnina.

—¿Es una broma, Bubu?

—¿Broma? ¿Qué quiere decir?

—Pues que como Brigitte sólo hay una: ella misma, claro. Meterse en los mismos líos que ella, sin tener su suerte, su astucia, su... ductilidad, su picardía, su...

—¿No está exagerando? Si Brigitte puede trabajar para el servicio secreto norteamericano, yo también puedo hacerlo.

Carmelo movió con miserativamente la cabeza.

—Ojalá no tenga que lamentarlo, cariño. De veras le deseo buena suerte. Pero quíteselo de la cabeza: Brigitte, sólo hay una. A ella no la engañaría ni el presidente Johnson. A usted, queridita, puede que la engañe cualquier persona de poca monta. Y no es por molestarla, palabra.

—Está bien... —Se enojó Bubu—. Veré cómo puedo salir del paso.

—Limítese a eso: ver a Georgi Pavlof, estudie sus proposiciones, páselas al personal competente y permanezca de modo gris... En cuanto destaque, la veo con ese hermoso busto lleno de plomo. Estamos atravesando ahora La Paz. El motel «Alegrijas» está más adelante, al otro lado de la bahía, cerca de Punta Coyote... ¿Estudió algún mapa del terreno antes de venir aquí?

—Claro.

—Eso está bien. Espero no haberla molestado.

—Un poco, para ser sincera.

—Sólo quería hacerle notar que no hay dos Brigitte, Bubu. Usted es Bubu, recuérdelo..., y volverá con vida a Washington. ¿Es su primer trabajo?

—No. Será el séptimo.

—Vaya... Es una buena ficha, Bubu. ¿En qué países?

—En la patria, cuatro; dos en Canadá. Y éste, ahora, en Méjico.

—Cuidado con los mejicanos. Ya ve —se señaló el rostro—: basta ponerse un bigote y estar moreno y tener los ojos oscuros, para que el mundo entero tenga que creer que uno es mejicano. Y yo soy de Boston.

Rieron los dos, un tanto nerviosamente. Carmelo iba mirando con frecuencia por el retrovisor, y fruncía el ceño. Bubu se dio

cuenta de ello y se volvió a mirar por el cristal zaguero. Vio un imponente «Cadillac» de color rojo cegador, que parecía seguirlos...

—¿Nos está siguiendo? —musitó.

Carmelo encogió los hombros. Metió la mano derecha bajo el asiento y sacó una enorme Luger con silenciador que dejó en el asiento contiguo, siempre mirando por el retrovisor. Bubu dirigió una mirada a la maleta donde llevaba su pistola desmontada, y vaciló.

Pero el feroz «Cadillac» estaba ya junto a ellos y se oía frenéticamente pulsado su claxon, ya que Carmelo, al dedicar una sola mano al volante, había perdido momentáneamente el ritmo de la marcha.

Un rostro moreno y bigotudo como ninguno estaba vuelto hacia ellos desde el volante del descapotable «Cadillac». El tipo de los bigotes como una cortina dirigía una relampagueante mirada furiosa de sus negros ojos hacia Carmelo y le gritaba:

—¡No más vuelve a tus vacas, vaquero!... ¡O te encargas un camino pa ti solo, desgraciado, o te compras un coche nuevo!

Carmelo pareció relajarse y Bubu miró con simpatía el irritado rostro del bigotudo moreno con camisa de colorines.

—¡Ojalá te salgas de cauce, «pelao»! —gritó casi alegremente Carmelo.

El «Cadillac» pasó como una flecha, dejando atrás el taxi. Pareció que fuese a frenar, tapando el camino, y por un momento Carmelo temió una pendencia estúpida con el tipo de los bigotes. Pero el «Cadillac», tras aquella vacilación, siguió adelante, y el agente de la

C. I. A.

volvió a esconder su pistola.

—Otra cosa, Bubu: no se haga ver demasiado. Eso sería necesario si Georgi Pavlof no hubiese indicado el número del «*bungalow*» que usted debe ocupar que él la localice. Pero en estas condiciones, tanto si es para negociar algo como si es para matarla, no hace falta que se haga ver demasiado.

—Pues sí que me deja usted alegre, muchacho.

—¡Es la vida! —rió Carmelo—. De todos modos, procuraré estar muy cerca de usted en todo momento... Si bien le ruego que no considere que esta cercanía es un seguro de vida.

—¿Y si hablásemos de Arte? —refunfuñó Bubu Lafayette.

Carmelo se echó a reír.

Minutos después, ya dejada atrás La Paz, el taxi se detenía delante de la cabaña-conserjería del motel «Alegriás». Ésta se hallaba a menos de cuarenta metros de la playa; junto a la playa, una de las cabañas estaba destinada a bar y parecía muy concurrido. Un bar agradable. Parecía fresco y limpio, con muchas persianas graduables, macetas y parasoles, así como tiestos suspendidos que dejaban caer mansamente una planta verde, suave, que por sí sola daba frescor al lugar. Había cañas de bambú, mesitas de colores, palmeras... A través de este multicolor paraíso de paz, el azul del mar, con su blanca línea de espuma rezumante.

Carmelo se apeó y abrió la portezuela de atrás.

—Es un bonito lugar, desde luego... —admitió—. Pero sigo recomendándole que tenga mucho cuidado, Bubu.

—Creo que quien ha de tener cuidado ahora es usted —sonrió maliciosamente ella—. Me parece que el amigo del «Cadillac» viene dispuesto a decirle algo. Mala suerte, Carmelo.

—¿Mala suerte? —Gruñó el hombre de la
C. I. A.

—. Bueno, yo le enseñaré a ese palurdo cargado de pesos que si quiere pelea...

—Cuidado —musitó Bubu Lafayette, irónicamente—. No irá a dejar ver que un simple taxista es capaz de pelear con éxito con un tipo dos veces más grande que él, ¿eh?

Carmelo parpadeó, mirando sorprendido a Bubu Lafayette. De pronto sonrió y encogió los hombros.

—Mala suerte... Tendré que dejarme atizar un par de mamporros... Todo sea por el trabajo.

Efectivamente, el tipo de los bigotes como una cortina llegó ante ellos, resoplando furiosamente. Era seis pulgadas más alto que Carmelo, anchísimo de hombros, y su tostado rostro aparecía un poco crispado en una mueca burlona. Se plantó delante del hombre de la

C. I. A.,

se puso las manos en la delgada cintura y deslizó:

—¿Conque ojalá te salgas del cauce, «pelao»? Bueno, vaquero, revienta vacas, vamos a ver ahora quién se sale del cauce... Te voy

a dejar la cara más caliente y picante que una enchilada, so gorrino del volante...

Carmelo empezó a enrojecer de pura rabia, pero Bubu arregló la situación a estilo femenino, disipando la tormenta:

—Usted perdone, señor... Creo que la culpa fue mía, pues iba distrayendo al chófer... Le ruego que no me pongan en evidencia los dos ahora... Por favor. Sean simpáticos los dos y olviden lo sucedido... ¿Lo van a hacer por mí?

El tipo de los bigotes miró a Bubu como si hasta entonces no le hubiese concedido demasiada importancia. Pero entonces pareció que sus bigotes se alteraban, y un chispazo de admiración pasó por sus negros ojos. En un instante, desdeñosamente, pareció olvidarse del «vaquero».

—Madre mía... No más dígame qué día se muere, chamaquita.

—¿Có... cómo..., cómo dice...?

—Pos que me diga el día en que piensa morir, pa suicidarme ese día y acompañarla en el último viaje... ¡So retechula!

—Em... Creo..., creo que sus..., sus palabras intentan ser amables, señor...

—¿Amables? ¡Válgame el cielo! ¡Eso es toda una declaración de amor, señorita! ¿Ha llegado usted del cielo?

Carmelo lo miró burlonamente.

—Seguro que sí... —informó—. Pero en un «jet», señor, no con alas. Porque eso de que ella es un ángel es muy viejo ya...

—¿Y a usted quién le dio pastel en el banquete, vaquero? Vaya a rezarle a la Guadalupe por estar todavía sobre cuatro patas... Ande, no se me distraiga, «pelao» de veras...

—Les ruego que no discutan más... —musitó Bubu—. Estoy segura de que su amabilidad le permitirá eso, señor. Por mí.

El de los bigotes como una cortina la miró con ojos de hambre.

—Ay..., qué triste es la vida... Tanta paloma suelta... y yo sin mi escopeta... ta bueno, linda: me olvido del vaquero. ¿Nos vemos luego? Me llamo Ramón, y soy buena persona.

—Sí... Sí, sí... Nos veremos luego, señor Ramón...

—Ramón Ramírez... Toditos me conocen por acá... A lo mejor nos vemos luego luego en el bar... ¿Sí?

—Oh, sí, si...

—Pos mire, linda, hoy ha hecho usted su buena obra al salvar

las costillas a este rijoso desgraciado... ¿Le pido un «escocés» con hielo?

—Ya..., ya lo pediré... Quizá tarde un poco, señor Ramírez.

—No le hace, dulce... Yo lo pido..., y si usted no viene, pos me lo bebo yo, y todos contentos y pido otro... Y ansina hasta que venga... Beso sus pies, madama...

Bubu Lafayette sonrió a medias y se dirigió hacia la cabaña-conserjería. Salió al poco, con una llave que llevaba colgando una placa con el número siete bien visible, y le hizo una seña a Carmelo. Éste, papel de taxista servicial, llevó hacia allá la maleta, mientras Bubu llevaba su bolsito.

Ella abrió la puerta de la cabaña siete, sita frente a la playa, a menos de veinte yardas. Entraron los dos, y mientras ella se dedicaba a graduar las persianas a su gusto, Carmelo, tras dejar la maleta, se dedicaba a examinar rápidamente el «*bungalow*», buscando detrás de cuadros y debajo de floreros y mesitas.

—No parece que haya nada —musitó, muy cerca de Bubu...

Ella asintió con la cabeza. Le dio un par de billetes y el hombre de la

C. I. A.

abandonó la cabaña con ellos en la mano, hacia su taxi. Para cualquiera, su actitud había estado encajada en todo momento dentro del servicio prestado a una pasajera.

Se metió en el taxi y se alejó.

Claro: no pudo ver al tipo de los bigotes, llamado Ramón Ramírez, mirándolo a través de una de las persianas del bar. Tampoco pudo ver su sonrisita burlona. Y, mucho menos, pudo ver que Ramírez se iba hacia un teléfono del rincón del bar, marcaba un número, esperaba respuesta y decía:

—Hola Soy yo. Llegó «Pajarito dos».

—Sí... En el «Alegrias», claro... Es un pajarito precioso.

—Desde luego que no... Si tengo que hacerlo, le cortaré el cuello con toda tranquilidad. Pero sería una lástima, hombre.

—Sí...

—Que sí, que sí, hombre...

—No sé... Puede que todo sean imaginaciones mías. Pero creo que «Pajarito dos» ha venido para verlo a él —se volvió y miró a un hombre que llevaba lentes de sol, de cabellos muy negros y perilla

algo canosa—. Sigue como estos días: tranquilo, imperturbable... No para de tragar tequila y de fumar.

—No, hombre... ¿Cómo demonios iba a usar en ningún momento ese nombre? Aquí se hace llamar Juan Cobos y dice que ha llegado de Uruguay. Bueno, no lo dice él, sino el libro de registro del Alegrías. Voy a colgar: parece que llegan nuevos personajes al Motel Alegrías.

Colgó sin esperar más, y continuó mirando a través de las persianas hacia el aparcamiento de delante de la cabaña, pivote del motel. Se había detenido allí un largo automóvil, negro, magnífico. De la parte delantera se apearon dos tipos un poco con cara de brutos, uno de los cuales corrió hacia el portaequipajes y empezó a sacar maletas. El otro abrió una de las portezuelas y por allí se apeó un tipo alto y esbelto, elegante y atractivo, que dio parsimoniosamente la vuelta al coche y abrió la otra portezuela. Por allí se apeó una mujer que cortó la respiración al llamado Ramón Ramírez.

Alta, pelirroja, con unos enormes ojos verdes que parecieron mirar a todos lados e incluso atravesar la persiana y verlo a él, chupando de su cigarro a toda furia. Su cuerpo era el más idóneo para ensalzar el uso del «bikini»... Se tomó del brazo de su elegante compañero y se dirigieron a la cabaña de la gerencia, mientras los dos tipos se encargaban entrambos del equipaje.

Ramón Ramírez miró hacia el hombre de las gafas de sol que, en un rincón del bar, en plena sombra, solitario, consumía de modo imperturbable, con terrorífica regularidad, buenas dosis de tequila, como si fuese agua... Y a lo mejor le parecía agua, comparado con el vodka...

La pelirroja y su acompañante salieron de la cabaña de la gerencia. Ella fue hacia el coche, metió sus hermosos brazos dentro y sacó un perrito de aguas que era un encanto, mientras su señorial acompañante, asombrosamente gallardo, esperaba displicente, con la llave en la mano.

Volvieron a reunirse y se dirigieron hacia una de las cabañas que también daban directamente a la playa, seguidos por los dos tipos, que llevaban el equipaje.

Ramón Ramírez esperó a que los cuatro entrasen en la cabaña que les habían asignado. Luego acabó su bebida, dejó una moneda

sobre el mostrador y salió de la cabaña-bar.

Estuvo unos segundos allí, como indeciso entre ir a reunirse o no con los bañistas alegres de la playa. Luego, como quien está terriblemente cansado, pareció optar por dirigirse a su «*bungalow*»..., que también daba directamente a la playa. Llegó, miró el número uno clavado en la puerta, abrió ésta y entró como a punto de dormirse por los efectos del tórrido sol.

II

NO se durmió.

¡Ni mucho menos!

Pareció despejarse completamente apenas hubo cerrado la puerta. El interior del «*bungalow*» estaba poco menos que a oscuras. Se veían, en débiles franjas de luz solar, las siluetas de algunas grandes plantas, colocadas en el interior de la cabaña. Había un bonito diván, dos sillones, televisión, cuadros, una mesita... Al fondo, la pequeña cocina y el único dormitorio.

Ramón Ramírez se fue al dormitorio, que tenía una linda terracita casi a ras del suelo, toda cerrada con persianas. Por las ranuras se veían los multicolores parasoles de la playa, y el verde de las palmeras, y el azul del mar... Allá había una mecedora de juncos, junto a una mesita que por todo adorno tenía sobre ella un gran

«pay-pay»,

como si el ventilador del techo no fuese a dar suficiente fresco. Y así era en aquellos momentos, puesto que estaba parado.

Ramírez acercó la mecedora hasta debajo del ventilador, se subió en ella, alzó una mano... y no puso en marcha el ventilador, sino que despegó de él una pequeña pieza metálica que había estado colocada en la parte que daba al techo de una de las aspas de buen tamaño. Sin poner en marcha el ventilador, se sentó en la mecedora, contemplando dubitativamente aquella pieza metálica, del tamaño de dos paquetes de cigarrillos colocados uno tras otro a lo largo; quizá algo menos.

Apretó un botoncito de la serie de cuatro que había en la parte superior, mientras miraba por las estrechas rendijas de la persiana hacia la cabaña número cuatro, la que habían ocupado la pelirroja y

su apuesto acompañante.

En seguida oyó la voz de un hombre:

—De todos modos, éste es un bonito lugar, Kate. Hemos estado...

—... en otros mucho peores más de una vez. ¿No crees?

La pelirroja encogió los hombros de perfecto dibujo, sin dejar de mirar a su alrededor.

—Desde luego, querido. Pero sigo pensando que habría sido mejor pasar estos días de vacaciones en Acapulco.

El hombre hizo un gesto desdenoso.

—¡Acapulco! —exclamó como irritado—. Ocurre que allí va cualquiera, en estos días. De ser un lugar elegante ha pasado a ser un lugar popular.

—No exageres —rió la pelirroja—... Dudo mucho que sea popular un lugar donde un hotel cuesta trescientos pesos diarios... Eso, en un hotel modestito. No digamos de los que solemos frecuentar nosotros.

—Creo que aquí estaremos bien... Incluso a tu querido «Darling» le sentará bien el lugar... ¿No temes que pille una insolación?

La pelirroja miró con reproche al hombre, mientras acariciaba al perrito de aguas que llevaba en brazos.

—No te metas con «Darling», querido... Eres demasiado inteligente para sentir celos de él..., espero.

—Por supuesto, querida Kate —rió el hombre—. En realidad, tu capricho del perrito más bien me divierte. Creo que le compraré un sombrerito de paja.

—Eres encantador, Abel —volvió a reír ella—... ¡Oh!, sí, espero que estaremos bien aquí mientras encontramos a nuestro hombre... Tenemos una ventaja sobre él, y es que no nos conoce, y nosotros a él, sí... Por lo menos por fotografías. ¿Estáis ya listos, Pérez, García?

Los dos hombres que se habían encargado del equipaje asintieron con la cabeza y quedaron en actitud de esperar órdenes.

—Bien... Creo que eso es todo por hoy. No perdáis de vista a Romanof, por si acaso, y estad atentos a cualquier posible llamada. En cuanto a la vigilancia, ya sabéis cómo debéis hacerlo. Ya podéis marcharos a vuestra cabaña. Pero siempre atentos.

—Descuida, Wellburn —dijo Pérez—... Tú y Kate podéis moveros con libertad. Nosotros vigilaremos alrededor.

—Eso es lo que interesa. No olvidéis en ningún momento que nosotros, Kate y yo, no podemos complicarnos la vida con tonterías, con pequeños obstáculos. Si apareciesen de ese tipo, eliminadlos. Hacedlo por vuestra propia iniciativa, sin contemplaciones..., pero sí con discreción... En todo momento, nada de prisas ni precipitaciones, eso tiene que quedar bien entendido. Nos avisáis a Kate o a mí, y haremos el resto. ¿Alguna duda?

—No.

—Podéis marcharos.

García y Pérez salieron del «*bungalow*», dejando solos a Kate y a Abel Wellburn, matrimonio que acababan de ocuparlo, procedentes de Tucson, Arizona. Motivo del viaje: turismo.

La pelirroja estuvo mirando a través de la persiana, en silencio, hacia el mar, durante unos segundos.

—¿Crees que la pista es buena? —musitó.

—¿Por qué no? Él tiene que estar en algún lado, y nosotros tenemos que encontrarle. A falta de pista mejor, tendrá que valer ésta... ¿Te apetece algo de beber?

—Sí, cualquier cosa. Deja, yo misma lo pediré por teléfono.

—Está bien.

Kate Wellburn encargó unas bebidas por teléfono, siempre mirando a su alrededor, escrutándolo todo bajo la irónica, pero amable, mirada de su marido.

—¿Buscas algo?

—No sé...

—¡Oh, vamos...! Acabamos de llegar, querida. Y nadie tenía por qué saber que íbamos a venir, ni que ocuparíamos esta cabaña. No tenemos por qué estar viendo enemigos en todas partes.

—Las precauciones nunca están de más. Estamos buscando algo que tiene el viejo zorro de Georgi Pavlof, y te aseguro que no me fío de él ni tanto así. Puede que esté aquí y puede que no. Pero si está aquí, en este lugar, será por buenos motivos. Esos buenos motivos sólo tienen una palabra: espionaje. Y donde hay espionaje hay micrófonos y cosas así. Lo sabemos muy bien.

—De acuerdo, sigue buscando... Estoy pensando que encontrar a Georgi Pavlof no nos va a resultar demasiado fácil. A fin de cuentas no le conocemos personalmente y, a menos que no vaya disfrazado...

—Iría disfrazado.

—Por eso mismo. Cuando a una persona se la conoce bien y se la ha visto caminar, o se ha oído su voz, es relativamente fácil reconocerla bajo un disfraz. Pero, cuando solo, se tienen datos antropométricos y unas fotografías...

—Si lo vemos, sabremos que es él. Así lo espero, al menos. Y...

Kate Wellburn enmudeció bruscamente. Pero sólo por un segundo. En seguida continuó la frase, haciendo señas a Abel Wellburn para que se acercase al florero colocado sobre una alargada consola.

—... Y, entonces, no podrá ocultarse más tiempo.

Ya no dijo nada más, haciendo gestos a Abel para que también guardase silencio. Había alzado el florero, de base amplia y desigual, y mostró, en su fondo, el diminuto «magic-ear», de corta y sensibilísima antena. Estaba pegado con cinta adhesiva transparente al fondo del jarrón.

Abel Wellburn palideció y se quedó mirando hoscamente al aparatito. Kate continuó haciéndole señas de que guardase silencio. Dejó el jarrón sobre la consola de nuevo y cambió de tema del modo alegre y desconcertante con que suelen hacerlo las mujeres:

—Debería rebajar unas libras, querido... ¿No te parece?

—Mmm... Bueno, creo que estás estupenda así, amor.

—No, no... Unas cuantas libras menos realzarían algo más mis...

—... caderas, y creo que incluso me sentiría más joven.

—¿Te sientes vieja? —se oyó reír a él.

—Un poquito... ¡Oh!, sólo un poquito muy poquito; pero... ¿Te parezco vieja a ti? —Se preocupó de pronto.

Tumbado en su mecedora, Ramón Ramírez soltó un gruñido y apretó el botoncito de su aparato, con lo cual su «bungalow» quedó completamente silencioso hasta que él, tras unos segundos de pensar, refunfuñó:

—Lo han visto... Han descubierto el «oído-mágico» y, a partir de ahora, sólo van a hablar de tonterías mientras estén en la cabaña... En fin, mala suerte. Veamos qué ocurre con la otra niña. La «Pajarito dos».

Pulsó el otro botón de la misma fila. Estuvo unos segundos atento, sin oír absolutamente nada...

Aquel silencio le agradaba. Iba dejando el contenido de su maleta en el armario, silenciosamente. Se había descalzado y quitado el vestidito, de modo que solamente llevaba los sujetadores y los brevísimos «*slips*» de espuma. Veía el mar, como unas rayas azules salpicadas de blanco, a través de las rendijas de la terracita.

Seguramente corría un gran riesgo, pero Bubu Lafayette se sentía feliz. Ni siquiera se alteró cuando, ya vacía la maleta, tiró de la tapa del fondo y apareció la pequeña pistola automática, desmontada y envuelta por piezas en trozos de franela negra, igual que un par de cargadores. También había unos diminutos prismáticos y una radio tan pequeña que casi podía quedar oculta en la mano de la muchacha.

Se dedicó a montar la pistola. Lo hizo con rapidez y pericia, sin un solo fallo o vacilación, casi como una rutina. Luego se aseguró de que también el silenciador estaba allí, envuelto en franela, y probó lo perfecto de su acoplamiento. Con el arma descargada movió la corredera varias veces, sonriendo ante el perfecto funcionamiento de la bien engrasada arma. Luego se acercó a la ventana, con los prismáticos, y los dirigió hacia la playa, hacia los bañistas, graduándolos hasta conseguir una perfecta visión.

Por último se dedicó al diminuto radiorreceptor. Oprimió su botón, esperó exactamente doce segundos y desconectó. Esperó otros doce segundos y entonces su aparato emitió unos suaves zumbidos de llamada y una lucecita verde se encendió en un ángulo.

Bubu sonrió, cortó la señal de comunicación perfecta y escondió el aparato. Los prismáticos los dejó descuidadamente en el armario. La pistola se la sujetó a un muslo con esparadrapo impermeable, tal como le había enseñado Brigitte Montfort.

Luego, ya duchadita, se puso un jersey negro y una falda roja, y se miró al espejo, complacida. Desde luego tenía sus buenos motivos para estarlo, con aquel tipito y aquellos ojos.

Por último salió del «*bungalow*»...

Y Ramón Ramírez casi se sobresaltó al verla a través de la persiana. Miró enfurruñado el aparato que tenía en la mano, pero comprendió que si nada había oído no era culpa del aparato, sino debido a que nada había podido ser oído.

Se quedó mirando a la muchacha, que caminaba resueltamente hacia la cabaña-bar, moviendo las caderas con un ritmo lleno de dulce energía. Ramón Ramírez acabó por sonreír, dejando ver unos blanquísimos dientes tras la cortina de su espeso bigote.

—Por lo menos el paisaje es lindo, no más.

Colocó el aparato espía de nuevo en la parte superior de una de las palas del ventilador, sujetándolo con cinta adhesiva; luego se quitó la camisa de colorines, se refrescó el torso y la cabeza, y se puso un fino jersey de hilo negro, muy deportivo, y que hacía resaltar su muy bronceada tez.

Salió del «*bungalow*» y fue también al bar. Lo primero que vio al entrar fue las estupendas rodillitas de Bubu Lafayette. Ella se había sentado a una mesita cuya superficie era de cristal y las patas de caña de bambú, y miraba un poco desconcertada a su alrededor. Y todos los que estaban a su alrededor la miraban a ella.

Ramón Ramírez se acercó, enseñó los dientes a través del bigote, y dijo:

—Hola.

Ella le miró vivamente.

—¡Oh...! Bueno, creí que se había olvidado de...

—¿De nuestra cita? —continuaba sonriendo él—. Vaya, linda, no le di motivos para que me creyese tan tonto. ¿Puedo sentarme?

—Claro —sonrió ella.

Ramírez se sentó, como muy cansado.

—Fui a cambiarme de camisa... El sudor es malo, de veras. Y no sé qué pasa que sudo mucho... ¿Cree que estoy gordo?

Bubu parpadeó. Realmente, al principio, le había parecido que Ramón Ramírez era un hombre más bien gordo. Pero ahora, con el jersey negro en lugar de aquella camisola multicolor, era fácil darse cuenta de que todo lo que hacía bulto en su cuerpo eran unos sorprendentes músculos que se hinchaban, se agitaban al menor movimiento.

—Pues, no... No, señor. Más bien diría que es usted... muy fuerte.

—¿No que sí? —Se ufanó el bigotudo—. Toque esto, linda... Pero vaya con cuidado no sea que se rompa algún dedo.

Colocó ante ella el brazo izquierdo, doblado, tensando los músculos. El bíceps tomó unas proporciones cercanas a las de un

melón, sólo que infinitamente más duro. Bubu lo tocó con dos deditos maravillosos, y, en seguida, sus ojos se volvieron hacia los del mejicano, muy abiertos.

—¡Es... es increíble!

—Pos... Mire, si está esperando que le aconseje algo típico, me parece que pierde el tiempo. Esas cosas son muy fuertes para usted. Mmm... Yo le aconsejaría ron con hielo picado y un chorrito de «martini». ¿Okay?

—De acuerdo —rió Bubu—. Dice usted «okay» de un modo muy... gracioso, señor Ramírez.

—¿Sí? Bueno, es que una cosa es hablar inglés y otra cosa hablarlo igual que usted. Es yanqui, supongo.

—Sí, sí.

—¿Turista?

—Ajá.

—¿Por qué no me dice ya mesmo su nombre, linda, y así yo sé a quién obsequio con mi compañía?

—Bubu —volvió a reír ella—... Bubu Lafayette.

—¿Lafayette? Eso suena a francés, ¿no? ¡Hey...! No será usted una espía, ¿eh?

Bubu tuvo que hacer un esfuerzo de control para no morderse los labios y conseguir sonreír aparentando un divertido desconcierto.

—¿Una espía? —musitó.

—Sí, sí... Ya sabe que algo pasó en Méjico no sé cuándo con los franceses, y cosas así... ¿No será que Francia ha vuelto a encapricharse de Méjico y...?

Bubu estaba riendo otra vez.

—¡Me ha descubierto! —bromeó—. ¿Qué tal si pidiese ya esa bebida, señor Ramírez?

—Llámeme Ramón, no más —se volvió hacia el mostrador e hizo señas a uno de los camareros—... ¡Eh, José, dos muy frescos!

El camarero asintió con la cabeza, sonriendo. Cuando Ramón volvió a mirar a Bubu, se encontró con los ojos de ella fijos en él.

—Y usted, señor Ramírez... Ramón, ¿a qué se dedica?

—A pegarle a la gente. Soy luchador.

—¡Oh...! ¡Ah, claro!, con esos músculos... ¿Es mejicano?

—Y de Sonora... ¿A que va a resultar que el taxista aquél me va

a caer simpático?

—¿Quién?

—El tipo que la trajo al Motel Alegrías. Si no hubiese sido por él no habría tenido oportunidad de hablar con usted.

—¿Ya no le guarda rencor? —sonrió ella.

—Pos no... De todos modos, soy buena persona, no guardo rencor a quien me molesta... ¿Viaja sola?

—Sí.

—¡Qué cosas...! Yo también, linda. ¿No es alegre la vida?

Ramírez miraba con ojos devoradores a Bubu. Él parecía el típico hombre libre y con dinero en el bolsillo, que, además, es guapo y todo eso, y que se dedica a pasarlo lo mejor posible. Pero Bubu Lafayette tenía ya sus propias ideas respecto a esta clase de hombres y de otros muchos. Bajo cualquier actitud, y detrás de cualquier bigote, podía esconderse un espía tan eficaz como ella misma. Y nunca se había arrepentido de desconfiar de todo el mundo, como norma.

Ramón se distrajo unos segundos cuando llegó el camarero con los dos grandes vasos llenos de hielo picado rociado con ron. Echó allí mismo el chorrito de «martini» y se alejó. El bigotudo había entornado los ojos negrísimos, mirando hacia el insaciable e imperturbable bebedor de tequila del rincón. A poco que uno pensase se daba cuenta de que aquel tipo no estaba allí precisamente para tomar el sol, ya que siempre permanecía en un rincón, bien a la sombra, y trasegando sin descanso. Claro que eso era natural en quien anda huyendo de alguien...

—¿Qué diversiones hay aquí?

Ramírez miró a Bubu.

—¡Psé! ¿Se refiere al mismo motel o a la ciudad?

—A los dos sitios.

—Bueno..., en la ciudad, lo corriente. Aquí se puede bailar en la playa, por las noches; salir de pesca o a nadar; jugar un poco; ver las atracciones...

—¿Atracciones?

—Pos claro, linda... A la noche hay atracciones aquí mismo, en el bar. Le aseguro que esto se convierte en un agradable «*night-club*» a partir de las diez. Se encienden farolillos chinos, se tiran petardos... Uno puede pasarlo bien aquí si no está demasiados

días... Un par de semanas es suficiente. Claro que si va alternando con la ciudad, pues se pasa uno la vida entera aquí, tan ricamente... ¿Estará muchos días?

—Depende de lo que me guste. ¿Y usted?

—También depende de lo que me guste.

—¿No ha de pelear?

—Tengo vacaciones... De cuando en cuando hay que poner los músculos en barbecho, que reposen de verdad.

—Me parece natural. La verdad es que usted me parece un hombre capaz de partir en dos a otro, Ramón.

—Pero como soy tan bueno —sonrió él—. No crea que acabo mis combates a lo bestia, linda: les trinco a los otros unos segundos, y eso ya es bastante para llevarme la bolsa... Estuve una temporada en su país... Hay buenos luchadores, pero...

—¿Pero?

—Bueno..., son un poco espectaculares, pero tienen los músculos blandos. A uno casi le maté, porque creí que podría soportar mejor la pelea. Al día siguiente hice la maleta y volví a Méjico. Pero creo que volveré por allá, porque me hacen muy buenas ofertas... Resulto... taquillera. Empezaban a llamarme «La bestia invencible».

Bubu se echó a reír, ahora de buena gana.

—¡No es posible! —exclamó.

—Sí, sí...

Ella le miraba atentamente, con una diminuta chispa de burla en el fondo de sus maravillosos ojos color mar. Ramón Ramírez, visto en primera instancia, con aquel bigotazo, su cansino andar, sus hombros enormes y una camisola de colorines, podía parecer una especie de gorila perfeccionado. Pero ella veía más allá de unos bigotes y una camisa de colorines. Si Ramón se cortaba el pelo, se afeitaba el bigote y enderezaba aquellos hombros que tanto parecían pesarle, era seguro que se convertiría en un hombre muy distinto, apuesto, erguido, ágil. Y, si dejaba de quedarse con la boca un poco abierta y dejando vagar infantilmente la mirada, su rostro cambiaría también notablemente. Había demasiada inteligencia latente en aquellos ojos negrísimos.

—¿Cuánto cobraba por pelea?

—Según... Una vez me «sirvieron» a un tipo que decían que era

el más bruto de todos, y me prometieron cinco mil dólares, o sea toda la bolsa, si le duraba diez asaltos.

—¿Y qué pasó?

—Estuvo un mes en el hospital.

—¿Él?

—Claro.

—¿Y usted?

—Me compré un ranchito en Sonora con los cinco mil dólares.

Bubu volvió a reír. Se sentía a gusto, feliz... Era emocionante siempre el principio de una misión. Había que observar, estudiar el terreno, mirar las caras, analizar a las personas que la rodeaban, para decidir cuáles de ellas estaban en el otro bando...

—No sería muy grande, por cinco mil dólares.

—¡Psé! Tengo allá lo bastante para pasarlo bien mientras me entreno.

—Ah...

Se quedaron mirando los dos hacia la puerta de la cabaña-bar. El matrimonio que había llegado no mucho antes, con dos hombres, entraban en aquel momento y se dirigían hacia una mesa, displicentes, como quien no concede importancia a las personas que hay a su alrededor.

Pero Ramón Ramírez sabía muy bien lo que estaba ocurriendo. Habían pedido bebidas por teléfono, de modo que no tenían por qué abandonar la cabaña para beber. O sea que si estaban allí era porque querían intentar identificar a la persona que les había colocado el «oído-mágico» en la cabaña. Eso es lo que harían: irían mirando a todos, uno a uno, despacio, y anotando mentalmente sus conclusiones. Luego, cambiarían impresiones respecto a las posibilidades que cada uno de los presentes en el bar tenía de ser la persona que les espiaba...

El tipo que parecía una esponja de tequila había inclinado rápidamente la cabeza, en lugar de, como todo el mundo, incluida Bubu, mirar hacia los recién llegados. Ambos eran sensacionales: él, un tipazo de hombre varonil y atractivo; ella, una mujer de hermosura radiante...

—Me gusta —dijo Bubu.

—¡Eh! ¿El qué?

—El ron con hielo picado y «Martini».

—Oh... Sí, ¿verdad? Además es un buen aperitivo, abre el apetito. Por cierto, ¿almorzaría usted conmigo?

—Me temo que no, Ramón. Hoy, no, al menos. Vine al bar porque tenía sed realmente, y me pareció usted simpático. Pero estoy cansada... Creo que comeré algo en mi cabaña y dormiré unas horas.

—Lo entiendo. ¿Y cenar? ¿Cenaría conmigo?

—Esa idea me parece más aceptable —sonrió ella.

—¡Estupendo! ¿Cuál es su cabaña?

—La siete... ¿Por qué?

—Para pasar a buscarla... ¿A qué hora?

—Mmm... ¿Las siete?

—Las siete.

—¿Cuál es su cabaña?

—La uno. Delante mismo del mar. Casi podrían haberse ahorrado poner baño, teniendo el mar a la puerta.

Sonrieron los dos. El tipo de los lentes de sol había dejado de beber, por fin. Dejó unos billetes sobre la mesa y se dirigió hacia la salida de la cabaña-bar, por la parte que daba directamente a la terraza en la playa, sombreada por toldos listados de colores y unas cuantas palmeras. Caminaba con firmeza, pero quizá se le notaba un cierto esfuerzo por conservarla. Había bebido demasiado tequila.

Pasó tan cerca de la mesa de Ramón y Bubu que por un momento pareció que iba a llevársela por delante. Se apoyó ligeramente, con una mano, y miró a uno y otra.

—Perdón...

Siguió su camino hacia la terraza. La mirada de Ramón Ramírez fue, veloz, hacia donde el hombre había puesto la mano... Pero allí sólo vio la de Bubu, tranquila, mirando con cierto desagrado contenido al hombre.

Inmediatamente, Ramírez miró a los ojos de la muchacha, buscando algo en ellos. Pero el mar parecía en calma, sosegado, en las dos pupilas brillantes.

Bubu le miró con una ligera sonrisa.

—Parece que algunos no consideran que es demasiado temprano para beber. Yo, sí. Por lo tanto, con un... ¿Cómo se llama esto, Ramón?

—«Rocks-ron».

—Pues con un «*rocks-ron*» tengo suficiente. Le agradezco mucho su invitación y... me retiro a descansar unas horas. Se supone que hará más fresco por la noche, ¿no?

—Desde luego —ella se puso en pie y Ramón la imitó velozmente—. ¿Hasta las siete, o la acom...?

—Mejor que no. Siga... refrigerándose con sus «*rocks-ron*». Hasta las siete, Ramón.

—Adiós...

Bubu Lafayette abandonó la cabaña-bar. Sabía que todos los hombres la estaban mirando, pero ya estaba acostumbrada. Resistió la tentación de mirar hacia la terraza con toldo del bar, para ver al hombre de los lentes oscuros... Quizá si se hubiese vuelto habría notado el gran interés con que, desde una ventana, la miraban el elegante y apuesto matrimonio apellidado Wellburn... Interés que repartían entre ella y el tipo de los lentes oscuros.

Llegó a su cabaña, entró, cerró la puerta y se acercó a una de las persianas, y tiró del cordón lo justo para que entrase la mínima luz solar imprescindible para leer aquel papelito arrugado que tenía entre dos dedos hecho una bolita. Lo alisó cuidadosamente; era un ángulo, de servilleta de papel.

A bolígrafo, se había escrito simplemente:

Cabaña 22 – 7,30

Bubu cerró la persiana, de modo que la cabaña quedó poco menos que a oscuras, único modo de engañarse uno mismo, pensando que tenía menos calor.

Recabó la pequeña radio, pero estuvo mirándola, indecisa, unos segundos. La dejó sobre la cama, se desnudó y volvió a coger el aparatito.

—¿Para qué? Es lógico que, si vine aquí para verme con él, lo haga a la primera oportunidad. Es tan obvio que no veo la necesidad de avisar respecto a la entrevista.

Ocultó de nuevo el pequeño radioreceptor, encendió un cigarrillo, y con la misma llamita quemó el pequeño trozo de servilleta de papel... ¿De modo que el insaciable bebedor de tequila, el sombrío individuo de los lentes oscuros, era Georgi Pavlof, el hombre que había pedido una entrevista con un agente de la

C. I. A.

en aquel lugar?

Bien... Sólo era necesario que lo que Pavlof tuviese para ofrecer o informar, valiese la pena.

Dio unas cuantas fumaditas al cigarro, lo apagó, se tendió en la blanca y fresca cama y se dijo que, realmente, lo que más apetecía en aquel clima, con aquel calor agobiante, era una hermosa siesta... Ni siquiera pensó en comer algo.

A las siete menos veinte sonó el teléfono de la cabaña de Ramón Ramírez. Éste salió del cuarto de baño, recién duchado, envuelto de cintura para abajo en una toalla de alegres colores.

—¿Diga, no más?

—¿...?

—A sus pies pa siempre, linda.

—Oh...

—Sí, entiendo...

—Magnífico: que sea a las ocho, Bubu. Será una hora más de impaciencia, pero espero que valdrá la pena esperar.

—¿Cómo no, linda? Está disculpada mil veces. ¿A las ocho, ya?

—Hasta entonces.

Colgó y se quedó mirando el teléfono. Había desistido ya de escuchar en el «*bungalow*» de Bubu Lafayette, porque ésta no parecía de las personas que se dedican a comentar en voz alta y a solas secretos de espionaje. En cuanto a los ocupantes de la cabaña cuatro, que ya se había enterado se llamaban Kate y Abel Wellburn, era inútil querer escuchar, ya que ellos habían descubierto el «oído-mágico» y se limitaban a hablar de cosas sin importancia. Eran muy listos. Seguramente, hasta pretenderían pasar falsa información e impresiones sobre ellos a quien estuviese escuchando. Pero a él no iban a pegársela, de modo que lo mejor era no escuchar nada, por el momento. Ya buscaría una solución.

De momento, ciertamente, sabía que los Wellburn estaban allá por Georgi Pavlof, el espía soviético escapado de Rusia. Sabía que Pavlof era el tipo que ingería tequila a la desesperada; por cierto, su teñido de pelo era francamente deplorable... Sin duda, había echado mucho de menos los productos de la

N. K. V. D.

para esos menesteres.

En cuanto a Bubu Lafayette, la preciosa muñequita de ojos color mar y graciosas caderas, estaba ya localizada desde antes de salir de Estados Unidos...

¿Lo tendrían localizado a él también?

Ramón Ramírez soltó un gruñido. Regresó al cuarto de baño, se secó y se fue al dormitorio, bien peinado, fresco y dispuesto a todo. Salió a la terracita cerrada por persianas graduables casi completamente cerradas, y hundió los dedos en la tierra de una de las macetas, echándola a un lado.

Sacó un envoltorio de plástico color tierra precisamente y lo abrió. De él extrajo dos pequeñísimos «oídos-mágicos» y una navaja de seis pulgadas de largo, a resorte; apretó éste, y la hoja salió, delgada, brillante, agudísima, afilada. La dejó sobre la mesita redonda de bambú y sacó un teleobjetivo también de seis pulgadas, aproximadamente. Lo dejó todo sobre la mesita y entró en el dormitorio. Sacó la maleta del armario, la abrió y, apartando una enorme pistola, tomó la cámara fotográfica. Con ella, salió de nuevo a la terracita cerrada y acopló el teleobjetivo a la cámara. Luego, miró por ella a través de la persiana, separando dos listones con dos dedos. Perfecto.

La dejó junto la mesita. Juntó las dos pequeñas antenas de los «magic-ear» con esparadrapo y el extremo de éste lo pegó a su pantorrilla. Luego, con un delgado brazaletes de goma elástica, fijó la navaja a la misma pantorrilla. Guardó el plástico, colocó la tierra en su sitio, se lavó las manos y se vistió, con «*smoking*» blanco, impecable.

Miró su reloj: las siete y dos minutos.

Salió una vez más a la terracita, se sentó en la mecedora y encendió un cigarrillo; sólo tenía que esperar, mirando a través de las casi cerradas persianas.

A las siete y media menos dos minutos, vio salir de su cabaña a Bubu Lafayette. La playa efectuaba allí un arco bastante curvado, de modo que él veía desde su cabaña, la uno, las otras nueve que daban directamente a la playa, ya que, además, la suya estaba más adelantada hacia el mar y podía así ver las fachadas de las restantes.

Bubu Lafayette no cometió el error del mal espía de mirar a su

alrededor, y Ramón, sonriendo, la felicitó mentalmente por ello. Era estúpido mirar a todos lados antes de echar a andar. Si a uno lo están vigilando, aún se hace notar más, despierta más interés. Y si no lo están vigilando..., ¿para qué mirar?

Apenas Bubu hubo desaparecido hacia las cabañas más retrasadas con respecto a la playa, se abrió la puerta de la cabaña cuatro, y Abel Wellburn salió, también con toda naturalidad, y fue tras Bubu, con habilidad de profesional.

—No... Si ya sé yo que en este juego no intervenimos precisamente unos desgraciados...

Refunfuñando por no haber podido tomar las fotos que le interesaban, salió también de su cabaña y se fue detrás de los otros dos..., pero pasando por detrás de la primera hilera de cabañas.

Al fondo vio a Bubu. A Wellburn no lo vio y decidió esperar. No tuvo que hacerlo demasiado. En cuanto Bubu hubo rebasado la segunda hilera de «*bungalows*», apareció Wellburn.

Ramón pasó a la siguiente hilera de cabañas y se escondió con gran habilidad para un hombre de su estatura detrás de un par de palmeras cuyos troncos se cruzaban. Wellburn apenas asomó por detrás de las cabañas. Era indudable que los dos estaban viendo perfectamente a Bubu llamando a la puerta de una de ellas, la... penúltima de la hilera... O sea, la veintidós.

Ramírez sonrió. No necesitaba saber más. Aquella cabaña era la que ocupaba Juan Cobos, o sea, el tipo que bebía tequila sin descanso. Es decir: Georgi Pavlof. Eso quería decir que, de un modo u otro, pero desde luego no por teléfono, Bubu y el ruso se habían dado cita allí...

Regresó a toda prisa a su cabaña y ocupó su puesto de vigilancia en la terracita, lista la cámara con teleobjetivo. A los pocos segundos, apareció Abel Wellburn, ahora caminando de frente hacia la cámara. Alzó dos de los listones y tomó tres fotos rápidamente. Luego, se quedó mirando hacia la puerta, anhelante. Si Wellburn no se había llevado la llave, iba a poder fotografiar a la rubia espléndida...

Wellburn llamó a la puerta y Ramón Ramírez se mordió los labios, tenso. La aparición de Kate Wellburn sería breve, de modo que...

Ella apareció, ataviada únicamente con una batita transparente

que dejó un instante a Ramírez como atontado; debido al teleobjetivo, veía a Kate Wellburn como si la tuviese a cinco o seis pies nada más, y la visión resultaba sencillamente estupenda.

Tuvo oportunidad de obtener dos fotos de la mujer, y una de los dos, ya entrando Wellburn, de espaldas y ella apartándose. La puerta se cerró.

Inmediatamente, Ramón colocó la mecedora bajo el ventilador, cogió de allí el aparato con cuatro botoncitos y pulsó uno de ellos, con la esperanza de que Georgi Pavlof no hubiese descubierto el oído mágico. Así debía ser, ya que, de otro modo, no habría citado a Bubu en su «*bungalow*», sino en la playa o cualquier otro lugar aislado, discreto...

Cuando oyó la voz de Bubu en el aparato, suspiró alegremente, y cogiendo la cámara corrió hacia el lavabo.

Mientras revelaba aquellas fotos, sería una divertida distracción escuchar la conversación de Bubu Lafayette, de la

C. I. A.,

con Georgi Pavlof, de la

N. K. V. D.

Cada uno se divierte a su manera.

III

EL tipo de los lentes oscuros y pelo mal teñido, se quedó mirando atentamente a Bubu Lafayette cuando hubo cerrado la puerta. La miró de arriba abajo y un gesto como de disgusto apareció en su rostro.

—¿Usted es el agente de la

C. I. A.?

—farfulló.

—Es posible. ¿Usted es Georgi Pavlof?

—Sí, yo soy Georgi Pavlof... No quisiera irritarla, pero... esperaba a otra persona.

—¿A quién, por ejemplo?

—No sé... Al alguien con quien se pudiese hablar en serio sobre el asunto.

—Le aseguro que podré ponerme a su altura respecto a hablar con seriedad, señor Pavlof. En cuanto a mi identificación como agente de la

C. I. A.,

espero que tenga usted bastante con saber que ocupo la cabaña siete, la que usted indicó... y nosotros reservamos.

—Está bien, está bien... ¿Ha traído el dinero? Bubu miró con cierta ironía al espía ruso.

—Querido señor Pavlof, un millón de dólares no es cantidad que pueda llevarse en el seno... Me temo que alguien opinaría de mis... abundancias... pectorales no eran del todo auténticas. Observe que soy más bien delgadita y, claro, una superabundancia de busto podría...

Georgi Pavlof se quitó los lentes oscuros, mirando con clarísima irritación a la hermosa y joven espía de la

C. I. A.

—Mire, señorita, no he venido aquí para escuchar gracias y chistes. Sus detalles físicos no me importan. Todo lo que me importa es ni más ni menos que un millón de dólares y un pasaporte. ¿Tiene ambas cosas?

—Podré tenerlas en el momento en que me parezca conveniente.

—¿No trae consigo esos... detalles?

—Desde luego que no —sonrió fríamente Bubu—. Todo lo que traigo es una pequeña y excelente pistolita..., que usted no me obligará a usar, naturalmente.

—No sea idiota... Si quisiera matarla, eso ya estaría hecho hace horas... ¿Quién es el tipo guapo de los bigotes y de los grandes músculos?

—Cualquiera sabe... —sonrió Bubu—. Por el momento, debo hacer ver que creo que es un luchador profesional y hombre de gran simpleza mental. Pero, claro, no apostaré mi vida a que todo eso es cierto.

—Es un hombre muy fuerte... No me gusta.

—A mí sí —rió Bubu.

—Quiero decir que me recuerda en todo a uno de nuestros exterminadores... Ya sabe, un «istrebitel». Uno de esos hombres que salen de Rusia con el objetivo de matar a determinada persona..., y siempre lo consiguen.

—Es admisible que sea un exterminador... —musitó Bubu—. Pero no me ha parecido ruso, señor Pavlof.

—¿Qué esperaba? ¿Que ese hombre le hablase en ruso, quizá?

—Claro que no... Mire, todos los peligros que usted está corriendo se los ha buscado, y la

C. I. A.

no se hace cargo de ellos, ni se compromete a conjurarlos... Toda nuestra promesa consiste en un millón de dólares americanos y un pasaporte, también americano, que le permitiría a usted vivir en paz en Honolulu por el resto de sus días. Usted mismo fijó el trato, y nosotros lo aceptamos. ¿Algo no va bien ahora?

—No sé... Luego están esos dos, el matrimonio de guapos... No me gustan.

—A usted no le gusta nadie, querido amigo soviético. No le gusta Ramón Ramírez, no le gusta el matrimonio americano, no le

gusto yo... Quizá está resultando demasiado exigente. Y, en resumidas cuentas, los que tenemos que mostrarnos exigentes somos los de la

C. I. A.

Quiero advertirle que no voy a darle el millón de dólares y el pasaporte por unas cuentas malas fotos o por el nombre de un espía. Entienda que tenemos muchas fotos y que un espía más o menos no es problema para la

C. I. A.

¿Qué tiene que ofrecer?

Georgi Pavlof estuvo unos segundos mirando fijamente a la hermosa muchacha de ojos color mar.

Realmente, él se había equivocado desde el principio, ya que Bubu Lafayette estaba mostrando una gran personalidad y mucha seguridad en sí misma y en su trabajo.

—Unas micro fotos —musitó.

—Oh...

—¿No les interesan?

Bubu encogió los hombros.

—Estamos ya un poco saturados de micro fotos, Pavlof.

—Claro... Bien, el caso es que éstas son buenas. Las tomé yo mismo de los planos originales.

—Ah, ah, ah... ¿Tuvo usted en su poder los planos originales de esas micro fotos?

—Así es. Pensaba venderlos, pero tuve un tropiezo en Ankara... Tuve que matar a un ruso para poder escapar con esos planos. Luego, no tuve más remedio que tomar micro fotos y quemar los planos originales.

—Entiendo. ¿Qué más pasó?

—¿Qué más pasó? —Pareció desconcertarse Pavlof—. Pues que les envié a ustedes aquella carta con mi oferta bien explicada.

—No tan bien explicada. Simplemente, hacía una oferta... Y nos estamos preguntando desde entonces, señor Pavlof por qué no se entrevistó usted con uno de nuestros agentes en Ankara.

—¿Lo ve tan fácil? —ironizó el ruso. ¿O quizá cree que todos los agentes de la

C. I. A.

en Ankara andan por las calles con una pancarta proclamando que

son espías de la

C. I. A.?

—Ya... ¿Puedo ver los microfilms?

—Desde luego que no.

Bubu Lafayette frunció el ceño. Permaneció unos segundos pensativa, antes de decir:

—Usted está loco si cree que vamos a darle lo que pide por unas cuantas palabras, Pavlof. Quiero ver las micro fotos, o no hay trato.

—Y yo quiero ver el millón de dólares y el pasaporte..., o no hay trato.

—Muy cauto. ¿Qué contiene ese microfilm?

—Unos planos de un invento.

—¿Qué clase de invento?

—Mmm... Bien, se lo voy a decir, porque a fin de cuentas no va eso a perjudicarme... Una vez se lo haya dicho, usted podría pasar el informe a quien corresponde, y ya tendrían la idea... Pero hasta que consiguiesen fabricar el aparato, la Unión Soviética habría ganado ya la partida.

—¿Qué invento es ése?

—¿Un control unilateral de investigaciones espaciales?

—¿Cómo dice?

Georgi Pavlof sonrió irónicamente.

—Digamos que es un pequeño aparato que, instalado en los satélites de investigación interplanetaria, lo independiza y lo mantiene en constante comunicación con la base sin necesidad de estaciones de control intermedias.

—Sea más claro, por favor.

—Bien... Supongamos que los Estados Unidos lanzan un investigador del espacio, un aparato capaz de llegar a la Luna y tomar fotografías y muchos datos más... Por el momento, los datos que transmitiría ese aparato serían del dominio mundial... Usted ya sabe lo que ha pasado con el «Lunik IX»; envió fotos y las tomaron en Inglaterra con el radiotelescopio de Jodrell Bank.

—Bien. Eso quiere decir, en términos generales, que los descubrimientos conseguidos por cualquier ingenio espacial que llegue a la Luna podrían ser captados por varios países. ¿De acuerdo?

—Sí... Claro, desde luego...

—Sin embargo, se puede pensar que el país que logre colocar el primer ingenio investigador en la Luna, querrá los datos que ese ingenio obtenga para sí solo. Entonces, los científicos rusos han inventado un... desconectador.

—¿Un desconectador?

—Digamos que es un aparato que, tras serle acoplado al ingenio espacial, conseguiría que las señales de éste fuesen solamente captadas por el país que hubiese lanzado ese ingenio investigador. De este modo, nadie sabría nada de los progresos del país que tuviese el desconectador. Tenga en cuenta que este llamado «desconectador» suprimiría las estaciones de enlace y vigilancia de los satélites lanzados al espacio... Por medio de su dispositivo, cualquier satélite estaría en comunicación directa con su base exclusivamente. Es decir, que así como ahora varios países detectan los cohetes y cápsulas, con el desconectador nadie sabría nada de los aparatos que hubiesen sido lanzados a la investigación espacial. La comunicación radial y televisiva sería exclusivamente con el país que hubiese lanzado el ingenio espacial; las fotografías o datos meteorológicos o geofísicos de la Luna o cualquier otro planeta, sólo serían captados por una sola estación terrestre... Eso quiere decir una total independencia, un máximo secreto en las investigaciones y adelantos de esas investigaciones en el espacio.

Bubu Lafayette se pasó la sonrosada lengua por los labios.

—Creo que lo entiendo, Pavlof... ¿Ese aparato, ese... desconectador, es lo que nos quiere vender?

—Sí.

—¿Rusia lo tiene ya?

—Lo tendrá muy pronto. Están fabricándolo.

—¿Qué ganaría Estados Unidos teniendo un aparato que ya tiene la Unión Soviética?

—Lo mismo que la propia Unión Soviética. Ésta quiere mantener ocultos sus adelantos espaciales... Estados Unidos podría hacer lo mismo. De este modo, cuando Rusia pretendiese dar una sorpresa al mundo, Estados Unidos podría darla también... o haberla dado con anterioridad.

—Ya veo...

—¿Y no lo considera una buena oferta?

—Parece que es buena, Pavlof.

—Y barata.

—Tengo que admitirlo... —musitó Bubu—. Y eso es precisamente lo, que me inquieta... ¿Por qué lo hace?

—Estoy harto de Rusia. Y no quiero ser un refugiado en su país, señorita. Quiero un millón de dólares, un pasaporte, y vivir tranquilo y sosegado el resto de mis días.

—Es una buena idea... —admitió Bubu—. ¿De veras no puedo ver esas micro fotos?

—No sea tonta... Yo podría enseñarle miles de micro fotos, y usted se quedaría como si tal cosa. No va a poder entender nada. Acepte mi palabra. Le aseguro que no hay trampa ni mentira.

—Bien..., pero no voy a darle el dinero si no me entrega ese microfilm, Pavlof.

—En eso estoy de acuerdo. Haremos un cambio de mano a mano... No se me escape que ustedes podrían localizarme en cualquier momento, ya que voy a estar utilizando el pasaporte que me entreguen, de modo que, como comprenderá, no voy a ser tan estúpido de mentirles, para que me envíen a un agente de la

C. I. A.

a cortarme el cuello... Lo que vendo, vale el millón de dólares. Llévelo usted mañana, junto con el pasaporte, a la isla del Espíritu Santo, al Norte de la Bahía de La Paz. Yo llevaré el microfilm... o la garantía del mismo.

—¿Garantía del microfilm?

—Mire, señorita, yo estoy jugando limpio. Ustedes sólo arriesgan un millón de dólares. Yo arriesgo la vida. Lo haremos a mi manera, o no lo haremos de ninguna.

—Lo haremos a su manera, Pavlof.

—Entonces, mañana, entre nueve y once de la mañana, la espero en la costa Norte de la isla del Espíritu Santo. Vaya con una lancha y lleve el dinero.

—¿Llevará usted el microfilm?

—Es posible.

Bubu Lafayette, que había estado cómodamente sentada en el sofá del «*living*» durante la conversación, se puso en pie desganadamente.

—Le aconsejo que lo lleve. De otro modo, señor Pavlof, la
C. I. A.

podría llegar a considerar poco... rentable el trato con usted. Hasta mañana en la isla.

—Alquile una lancha esta misma noche. Así podrá salir a la hora que le convenga, sin llamar demasiado la atención tan temprano.

Bubu no se molestó en contestar. Fueron los dos hacia la puerta del «*bungalow*», y antes de abrir, el ruso miró por un lado de una de las ventanas. Luego miró a Bubu como disculpándose.

—A veces soy un poco tonto... —musitó—. Supongo que si nos están vigilando no van a ponerse delante de la ventana para que yo los vea.

—Claro.

Pavlof abrió la puerta y Bubu salió, diciendo:

—Hasta mañana.

Ramón Ramírez, ya con las fotos reveladas, estuvo esperando un par de minutos más, a pesar de comprender perfectamente que Georgi Pavlof había quedado solo. Del todo convencido de que Bubu se había marchado de la cabaña 22, y que ya nada podría oír, llevó el aparato de nuevo al ventilador, donde lo sujetó fuertemente.

Luego regresó al lavabo, sacó las fotos del ácido y las estuvo mirando con un gesto aprobativo.

—Son unas buenas fotos... Sobre todo las de ella...

Lo dejó todo muy bien ordenado y oculto, como si allí no hubiese pasado nada. Metió las fotografías en un sobre y miró su reloj. Las siete y treinta y cinco. Tenía veinticinco minutos para ir a recoger a Bubu a su «*bungalow*».

Estuvo unos segundos pensativo, contemplando el pequeño sobre en el que había metido las diminutas fotografías. Luego salió del «*bungalow*» con cara de dormido y andar de cansancio infinito.

Llegó a la cabaña-bar, y por una ventana trasera asomó la cabeza rápidamente. José estaba allí, efectivamente, y se le quedó mirando con fijeza.

—¿Todo bien? —musitó.

—Me llevo la bicicleta —dijo Ramón, en un susurro—. Estaré de vuelta a las ocho menos cinco.

—Bien. ¿Cita con la chica?

—Sí. Prepara algo... Ya sabes: como si lo hubiese encargado con

anticipación, y todo eso...

—Ve tranquilo.

Ramírez se alejó de la cabaña hacia un rincón lleno de apretadas palmeras. Había allí tres o cuatro bicicletas. Subió a una y se dirigió a buena marcha hacia la salida hotel «Motel Alegrías». Poco después rodaba a toda velocidad por la carretera, acercándose a Punta Coyote.

Recorrió seis millas en diez minutos, demostrando que también podía ser algo serio dándole a los pedales. Entró en un ranchito pequeño, todo blanco, de tejados

rojo-ocre,

y donde reinaba la más absoluta paz, el más completo silencio. Dejó la bicicleta a un lado y se dirigió a un palomar. Al pasar vio a un hombre sentado en un tejado, con un rifle en las manos, que lo miraba impasible.

El bigotudo sonrió y alzó una mano hacia el hombre.

—¿Cómo te va, Pedro? —saludó.

El llamado Pedro encogió los hombros y siguió chupando del apagado cigarrillo que tenía en un lado de la boca.

Ramón llegó al palomar, se metió dentro y se sentó en un palo. Sacó papel y un bolígrafo y escribió:

«Paloma lleva dos pájaros: Abel y Kate Wellburn, cabaña 4, “Motel Alegrías”, llegados hoy con dos más. Ella, un perrito muy lindo, de aguas. Los dos muy guapos. N. K. V. D. contacto con C. I. A.

Espero instrucciones para matar o negociar, y quiero saber quiénes son los dos guapos.

»Ramoncito».

Metió el papel en el sobre que contenía las fotografías de los Wellburn, y colocó éste en el tubito que encajaba en la pata de una de las palomas. Salió del palomar y soltó la paloma, que se elevó rápidamente antes de tomar una dirección fija.

Luego, Ramón Ramírez regresó junto a la bicicleta, volvió a mirar hacia Pedro y saludó con la mano.

En seguida volvió a darle a los pedales, rumbo al «Motel Alegrías».

IV

A las ocho en punto, Ramón Ramírez llamaba a la puerta del «*bungalow*» número 7. Bubu Lafayette abrió la puerta en seguida, sonriendo... Y todavía sonrió más cuando el tipo de los bigotes como una cortina le tendió un diminuto ramito de olorosas flores.

—Hola. ¿Verdad que huelen bien?

Bubu alzó las cejas. Luego sonrió, tomó las flores y las acercó a su naricilla.

—Deliciosamente, Ramón... Ha sido usted puntualísimo.

—Quería venir antes, pero aprendí hace tiempo que si una dama dice a las ocho, es porque a las ocho menos cinco puede estar hecha un adefesio.

—¿Un... adefesio?

—Oh, bueno... quiero decir que... Oh, demonios, me parece que soy un poco bruto.

—¡No! —rió Bubu—. ¡No lo es! Todo lo que ocurre es que su sinceridad desconcierta bastante... En efecto, hace cinco minutos yo todavía no estaba presentable... ¿Quiere pasar o nos vamos ya al bar?

—Pues si fuese por mi gusto...

—¡No siga! —volvió a reír ella—. Creo que lo mejor será que nos vayamos al bar los dos, Ramón... ¿Cuál es el programa para esta noche?

—Divertirnos. ¿Está bien así?

—Muy bien... ¿Puede esperarme unos segundos?

—Más que eso.

Ella volvió a reír. Ramírez entró en la cabaña y se sentó en el sofá cuando ella se lo indicó. Bubu se dirigió al dormitorio y cerró la puerta, como al descuido.

Pero en seguida corrió hacia la cama, alzó la almohada y retiró de allí su pequeña radio.

—Bubu al habla... —musitó—. ¿Están ahí?

—Diga, Bubu.

—Ramón Ramírez ha llegado. Tengo que cortar la comunicación inmediatamente. ¿Todo entendido?

—Sí. Carmelo irá esta noche ahí, para entregarle el millón de dólares y el pasaporte. Efectúe la compra a Pavlof y regrese inmediatamente al punto de partida para misión. Cambio.

—Entendido. Corto.

Cortó la comunicación, escondió la radio, se miró al espejo y recogió un «echarpe» color azul cielo, muy parecido al color de sus ojos en aquellos momentos. Salió del dormitorio con aspecto de absoluta despreocupación.

Ramón se puso en pie de un salto.

—¡Virgen...! —exclamó por lo bajo.

—¿Nos vamos? —rió ella.

—Pos si no hay más remedio...

Salieron los dos del «*bungalow*», de muy buen humor. Empezaba a ponerse el sol, dejando el cielo teñido de rojo. Delante de ellos, el mar tenía un tono morado de terciopelo. Apenas se movía; las olas, diminutas, eran como una dulce orla blanca sobre la arena...

Llevaban como media hora en la cabaña-bar cuando, ya completamente de noche, aparecieron Abel y Kate Wellburn. Ella, hermosa y resplandeciente como nunca, llevaba en brazos su perrito de aguas, niño mimado de tan hermosos brazos femeninos.

Ramón Ramírez no veía por ninguna parte a Juan Cobos, es decir, a George Pavlof, el hombre escapado de la N. K. V. D.,

que tantas y tan sabrosas cosas había dicho y él había oído por medio del «oído mágico». Los Wellburn miraron con aceptable disimulo a su alrededor antes de ocupar una de las mesas. Evidentemente, buscaban también a Pavlof, pero no parecieron demasiado contrariados al no verlo allí.

En un rincón de la cabaña, un cuarteto «mariachi» le daba a la guitarra que daba gusto, y uno de los cantantes dirigía miradas rápidas a las dos hermosas mujeres que tenía ante él; Bubu

Lafayette y Kate Wellburn. No parecía decidirse por ninguna, lo cual era un buen augurio para su integridad física...

—¿Qué tal si cuando esos «machos» acaban de gritar nos damos un par de bailes, linda? —propuso Ramírez.

—Encantada... A ver si mientras tanto llega la cena.

—¿Tiene apetito?

—Sí.

—Pos eso es muy poco romántico, Bubu.

—Bueno... Sí, es cierto... Pero no sólo de reír vive el hombre...

—Ni la mujer —rió Ramón.

Cuando ellos salieron a bailar, lo hicieron también los Wellburn, dejando al perrito en una silla junto a la mesa. Era un animalito muy educado, modoso, silencioso... Mantenía sus húmedos ojos fijos en la espléndida rubia, pero ni siquiera se atrevió a reclamar su presencia con un solo ladrido.

A las diez y media, justo cuando terminaban de cenar, salió un tipo que comía fuego. Ramón se dedicó a mirar de reojo a Bubu durante la actuación del semifaquir, y se dijo que los de la C. I. A.

debían haber aprendido muchas cosas por Europa, sin duda, porque la muñequita de los ojos color de mar parecía completamente absorta en aquella maravilla de un hombre comiendo fuego.

Luego volvieron a tocar bailables, y los Wellburn, que parecían estar pasándolo muy bien, se levantaron inmediatamente, dispuestos a bailar. Ramón Ramírez también se puso rápidamente en pie... y se quedó como quien recibe una ducha fría de modo inesperado al oír el rasgarse de una tela...

—¿Qué ocurre? —preguntó Bubu.

—Pos... Quería que hubiésemos bailado, linda...

—Por mí no hay inconveniente, Ramón...

—Por mí, sí.

Se apartó un poco de la mesa y mostró el desgarrón de sus pantalones a la altura del muslo derecho. Una astilla inoportuna se había hincado en la tela, produciendo el desastre.

Bubu se echó a reír.

—¿Qué hacemos ahora?

—Pos no sé... Yo estoy acostumbrado a actuar en público con menos ropa, Bubu, pero...

—Tengo una buena idea —sonrió ella, muy divertida—: Tomaré un «Rocks-Ron» mientras va a cambiarse de pantalones, Ramón... ¿Le parece bien?

—Pos, sí, linda... Pero no se me ponga a bailar con otro...

Se sujetó el desgarrón con una mano, disimuladamente, y se dirigió a la salida de la cabaña-bar. Fue directamente a su «*bungalow*», se cambió de pantalones en dos segundos, sonriendo, y luego salió... por la parte de atrás, escondiéndose en las sombras.

Cruzó, siempre buscando las sombras, las dos hileras de cabañas, hasta llegar a las de la tercera decena. Llegó ante la penúltima, vista desde el principio del callejón llegando de la suya, o sea la veintidós, y sacó un delgado alambre que introdujo en la cerradura.

Fue cuestión de pocos segundos abrir la puerta. Entró, cerró tras él y se quedó inmóvil, escuchando con todos los sentidos alerta.

Nada.

Silencio absoluto.

Lo cual no le gustó demasiado. Fue al dormitorio, pensando que quizá Georgi Pavlof era hombre capaz de dormir en aquellas circunstancias y mientras los demás se divertían. Antes de entrar subió una pernera de los nuevos pantalones y sacó la navaja de resorte. Sosteniéndola como a desgana, entró en el dormitorio.

Un simple vistazo a la cama, que se veía a la luz de las rayas de la luna que entraban por la persiana graduable, fue suficiente para que llegase a la seguridad de que el espía de la

N. K. V. D.

no estaba allí... Y un veloz recorrido por la cabaña le convenció de que Pavlof no estaba en ella.

Salió al «*living*», fue hacia una de las macetas y cogió una de las palmas, doblándola ligeramente: el «oído mágico» estaba allí, bien colocado, tal como él lo dejara. Apparently, Georgi Pavlof no se había dado cuenta de ello, lo cual era no poco sorprendente para un hombre del espionaje soviético.

Volvió al dormitorio, abrió el armario y echó un vistazo. Todo estaba allí bien ordenado, meticulosamente colgado y dispuesto. Éste era un detalle que bastaba para comprender que Pavlof no era hombre descuidado, capaz de dejar algo al azar, a la improvisación. Lo cual no encajaba demasiado con un tipo que usaba lentes de sol bastante aparatosas y un mal tinte para el cabello.

Naturalmente, era poco menos que imbécil pretender encontrar en aquella cabaña el microfilm con los planos del desconectador espacial, y Ramón Ramírez tenía poco de imbécil.

Estuvo reflexionando unos segundos. Luego fue de nuevo al «*living*» y despegó de su pantorrilla uno de los «magic-ear» que había mantenido ahí con esparadrapo. Si los demás eran listos, él no era tonto.

Colocó el pequeño aparato lejos del otro, detrás del sofá, colocado en un doblez de la tela.

Finalmente, pensando en las posibles actividades y movimientos de Georgi Pavlof, fue hacia la puerta, dispuesto a marcharse...

Y apenas había dado tres pasos cuando oyó el sonido en la cerradura. Saltó detrás del sofá y quedó arrodillado. Tras el bigote, sus sonrientes labios quedaron entonces formando una dura, implacable línea recta. Su mano derecha sujetaba con mortal firmeza la navaja de resortes.

La puerta se abrió y una sombra penetró rápidamente en la cabaña. Se cerró al instante la puerta.

Luego, unas suaves pisadas crujieron levemente hacia el dormitorio.

—Georgi —musitó una voz de hombre—. ¿Estás ahí, Georgi Pavlof? Tengo algo que decirte; soy Romanof...

El recién llegado hablaba en ruso. Y detrás del sofá, Ramón Ramírez sonrió duramente. Por un momento, la silueta del que decía llamarse Romanof se recortó, a rayas, contra la persiana del «*living*». Era un hombre enorme, como de seis pies y medio, de hombros descomunales, pero que caminaba con la ligereza de un cervatillo. En la mano derecha, destacó la silueta de una gran pistola, en cuya punta había un silenciador, también de silueta Inconfundible. En la mano izquierda, una cartera, firmemente sujeta por el asa.

La imagen duró un segundo, como vista en el momento de la explosión de un «*flash*». Luego, pasó a la sombra...

—Atiende, Georgi Pavlof... Todo es inútil. Quiero que conversemos, y quizá las cosas se arreglen. Tienes datos que pueden interesar al servicio, y eso...

Se calló bruscamente. Detrás del sofá, ahora sin ver al hombre, ya que se había ocultado precisamente para no ser visto por éste,

Ramón Ramírez contuvo la respiración, y su mano se crispó con más fuerza en la navaja cuya hoja todavía permanecía oculta. Durante dos minutos, la tensión fue enorme. No se oía nada. Ni siquiera la respiración del gigante que había entrado en último lugar en la cabaña veintidós.

Era como si nadie hubiese allí.

De pronto, una rayita de luz, de tono azul, brotó de un punto del «*living*». Fue solo un instante. Pasó por encima del sofá y desapareció. Luego, brotó de otro lugar, sin que se hubiese oído el menor ruido. Unos segundos después, de otro lugar...

La frente de Ramón Ramírez se llenó de unas finas gotitas de sudor. Comprendía muy bien lo que estaba ocurriendo: el llamado Romanof, provisto de una pistola con silenciador, iba buscando la posible presencia de alguien, siempre moviéndose, siempre ocultándose... Lanzaba el rayito de luz por un segundo, lo apagaba, y cambiaba de lugar... Inevitablemente, en un momento u otro, si alguien había allí, aquella luz lo descubriría... Entonces, aquella pistola con silenciador sólo tenía que disparar una vez.

Una sola, porque el llamado Romanof estaba demostrando que no necesitaba más. Tenía una gran seguridad en que una sola bala bastaría para liquidar la cuestión... a su favor.

Mientras tanto, Bubu Lafayette empezaría a considerar demasiado prolongada la ausencia de un hombre que había ido tan sólo a cambiarse unos pantalones. Y los Wellburn también estarían sacando conclusiones, quizá.

La rayita de luz brotó por tres veces más, siempre desde distinto lugar. Ramón Ramírez pensó que habría sido una buena idea llevar también su pistola en aquella corta e inofensiva excursión.

No.

No era ni corta ni inofensiva. Nunca lo son. En cualquier momento, el espía que opera fuera de su país, y también en su país, naturalmente, debe estar preparado para cualquier peligro. No importa que sólo salga a tomar un aperitivo con una linda chica de apariencia inofensiva: debe estar dispuesto a matar..., o a morir.

Una elección fácil, simple.

No se oía nada. Para Ramón Ramírez, aquello solo quería decir que el hombre que estaba con él en las sombras del «*living*» era absolutamente peligroso. Sin paliativos, sin concesiones: un

descuido de una fracción de segundo, significaba la muerte.

De pronto, sin el menor ruido, sin aviso, la luz brotó a la derecha de Ramírez, hacia el dormitorio. No le dio directamente a él, pero por el bien contenido suspiro de Romanof comprendió que había sido visto...

Se incorporó, saltó hacia delante pulsando el resorte de la navaja, y se oyó el suave chasquido. Entró en contacto con el gigante y la navaja se hundió rudamente en la carne. Un golpe de aliento dio con fuerza en el rostro de Ramón Ramírez. Comprendió que le iban a disparar y pasó velozmente detrás del gigante, con una agilidad que habría sorprendido a Bubu Lafayette a pesar de todas sus previsiones respecto a las posibilidades físicas del mejicano bigotudo.

Se oyó un suave «plop», un golpe contra el suelo y luego contra una de las paredes de madera. A todo esto, Ramón Ramírez estaba detrás de Romanof, y su brazo izquierdo pasó por la garganta de éste. Los duros músculos que Bubu había palpado admirativamente, se tensaron con violencia, y el antebrazo se clavó en la garganta de Romanof, que lanzó su codo izquierdo hacia atrás con tal potencia que, cuando chocó contra las costillas de Ramírez, éste creyó que todo su torso se convertía en papilla de huesos.

Pero no había tiempo para el dolor.

Sujetando con frenética fuerza aquella enorme garganta, lanzó de nuevo su mano derecha, armada de la navaja, contra el cuerpo de Romanof, en busca de los riñones. Notó cómo la navaja se hundía. La retiró y la volvió a clavar, con una saña salvaje. Y lo hizo por tercera vez, y por cuarta...

Romanof se había relajado ya al recibir el primer navajazo en la espalda. Quedó sujeto por la garganta, colgando del brazo de Ramón Ramírez. Éste se inclinó hacia delante, procurando que su cuerpo no entrase ahora en contacto con el de Romanof, a fin de no mancharse de sangre.

Lo dejó tendido boca abajo, para que tampoco en el suelo quedasen manchas. Luego, a tientas, encontró la pistola y la pequeña linterna de luz azul. La encendió y llevó la luz al crispado rostro de Romanof. No le conocía, pero sabía que debía llevar algunos días rondando por allí. Y, desde luego, era compañero de Wellburn y los otros dos tipos que habían llegado en el coche, los

cuales, según palabras de la hermosa rubia, tenían que estar siempre atentos a Romanof.

Eso quería decir que quizá estaban cerca de allí...

Limpió la navaja y se la guardó en la pantorrilla. Se metió la pistola en la cintura y cogió de ambas manos a Romanof, tirando de él hacia el dormitorio. Lo metió debajo de la cama y regresó al «*living*», a por la cartera. La abrió y examinó el contenido con la linterna de luz azul... Estaba llena de billetes norteamericanos. Sin duda, un millón de dólares exactamente. También había un pasaporte y un sello de caucho listo para ser impreso cuando a ese pasaporte se le añadiese la fotografía de Georgi Pavlof. El pasaporte iba a nombre de John Bonnel, con el cual Georgi Pavlof se las habría prometido muy felices viviendo en Honolulu o cualquier otro sitio agradable.

Y el hecho de que aquella cartera con el millón de dólares y el pasaporte estuviese en poder de Romanof, sólo quería decir una cosa...

Salió a toda prisa de la cabaña veintidós, por detrás, asegurándose antes al máximo de que no había peligro por las inmediaciones. Fue a la cabaña de Bubu Lafayette, la siete, y entró sin ninguna dificultad, siempre usando aquel fino alambre como llave.

Había acertado.

Allá, tendido en un lado del «*living*», yacía Carmelo, el chófer del taxi que había llevado a Bubu desde el aeropuerto al motel «Alegrijas». Tenía dos balazos en el pecho y era fácil comprender que Romanof no había sido ajeno a aquello... Había estado vigilando, había visto a Carmelo, el hombre de la

C. I. A.,

entrar a la cabaña de Bubu, y comprendió que algo podía ventilarse ya allí mismo. Mató a Carmelo, le quitó la cartera con el millón de dólares y el pasaporte, y comprendiendo que todo estaba destinado a Georgi Pavlof, se fue a verlo, quizá dispuesto a cerrar el trato en su beneficio...

Arrastró a Carmelo, también hasta meterlo debajo de la cama, y se marchó, con la pistola y la linterna de Romanof y la cartera con el millón de dólares y el pasaporte. Metió la pistola y la linterna en la cartera y enterró ésta junto a una de las palmeras enanas

cercanas a su propia cabaña.

Luego entró en éste; dio la luz y se dirigió al lavabo. Se miró al espejo, cuidadosamente, buscando el menor indicio de sangre o algún desgarrón o señal cualquiera que evidenciase la pelea que acababa de sostener con un hombre al que había matado.

Se sacudió el «*smoking*», se apretó el lazo de la corbata, sonrió a ver qué tal lo hacía y salió de la cabaña, en dirección al bar, del cual llegaba una música lenta y dulce. Se habían apagado las luces, y sólo unos destellos rojos brillaban en la terraza, por entre las palmeras...

Bubu Lafayette casi gritó cuando él se inclinó a su lado, llegando por detrás.

—Éste es mi momento, linda... ¿Bailamos?

Bubu separó sus labios de los de Ramón y se lo quedó mirando como quien está sorprendida de ella misma. Estaban junto al mar, lejos del motel. Habían estado paseando por la playa después de estar bailando hasta más tarde de las doce.

Y de pronto, los dos se habían detenido. Ramón le había soltado la mano, la había sujetado por la cintura, suavemente, y ella había cedido..., había correspondido al beso inesperado.

—No..., no sé lo que me pasa...

—Será el hechizo de la luna, el mar, la brisa... ¿Te ha molestado que te bese?

—No —dijo ella, y era sincera—. No me ha molestado, Ramón... Pero quizá tú creas que tengo como costumbre...

—No digas tonterías —la acarició él—. No creo que tengas ninguna costumbre determinada. Y si así fuese, tienes todo el derecho del mundo, ¿no te parece?

—¿Por qué me has besado?

Ramírez sonrió amablemente.

—Ésa es una pregunta tonta, linda.

—Es cierto... —musitó ella—. Creo..., creo que debo irme ya a dormir, Ramón. Es casi la una...

Se quedaron inmóviles, mirándose fijamente; Ramón la atrajo de nuevo y volvió a besarla en los labios, despacio, profundamente. Bubu Lafayette se sorprendió a sí misma otra vez correspondiendo al beso y encontrándolo muy agradable. Estaba claro que de cualquier manera habría aceptado el beso, con tal de ir dominando

a Ramón Ramírez para sonsacarlo más adelante, pero lo cierto era que le gustaba que él la besase y la abrazase.

—Te acompañaré a tu «*bungalow*»... —dijo Ramón—. ¿Quieres que volvamos por la playa o por el camino? Te lo digo porque por la arena se camina más despacio, y si tienes prisa en llegar...

—Vayamos por la playa —musitó ella, muy brillantes los ojos.

Ramón la tomó por la cintura y ella hizo lo mismo con él. Hicieron el camino de vuelta en silencio, besándose cada veinte o treinta pasos y notando Bubu Lafayette que cada vez correspondía con más sinceridad al beso de aquel hombre... Ojalá no fuese un espía como ella... Ojalá no tuviese nada que ver en aquel asunto...

Ya en el porche del «*bungalow*», Ramírez musitó:

—¿Hasta mañana?

Bubu se sonrojó. La sugerencia era demasiado clara, pero ella no quería llegar a tanto, a pesar de aquella gran inclinación que sentía hacia el atlético bigotudo.

—Sí... Hasta mañana, Ramón.

—Bien...

—Yo... creo que me levantaré muy tarde...

—Ya... ¿Nos vemos a las doce para tomar un aperitivo?

—Es una buena hora... Buenas noches, Ramón.

Ramírez la atrajo una vez más contra su pecho y la besó; ella rodeó el cuello varonil con sus finos bracitos y estuvo así, devolviendo el beso hasta que sus pulmones parecieron ir a estallar por falta de aire.

—Vete..., vete ya...

Ramón sonrió, dio la vuelta, bajó del porche y se fue hacia su cabaña.

Cuando entró en ésta, la sonrisa persistía en sus labios, pero con una expresión diferente, burlona. Miró hacia el porche de la cabaña siete, pero Bubu ya no estaba allí. Bubu Lafayette era una buena agente, sin duda, aunque tenía un gran defecto: confiaba demasiado en sí misma. Parecía considerar que las cosas iban a salir precisa y exactamente como ella las planeaba. Era como si no pudiesen existir los contratiempos.

Pero besaba muy bien, con una dulzura que tenía a Ramón Ramírez no poco desasosegado, inquieto, como disgustado consigo mismo por la idea de que quizá tuviese que hacer las cosas de modo

que jamás volviese a ver a Bubu Lafayette.

Este pensamiento no le gustó lo más mínimo y, de pronto, se dio cuenta de que estaba de un humor pésimo por ser lo que era y tener que hacer... lo que tenía que hacer.

Fue al ventilador, despegó el aparato auditor y con él en las manos se sentó en la mecedora, mirando hacia las demás cabañas. Apretó el botoncito correspondiente al «magic-ear» que vigilaba a Bubu...

Bubu miraba a su alrededor con el ceño fruncido pensativamente. Había tenido la esperanza de que Carmelo hubiese estado esperándola en su cabaña para entregarle el millón de dólares y el pasaporte a cambio de lo cual Georgi Pavlof iba a entregar los microfilms de los planos de aquel desconector espacial.

Pero nadie la estaba esperando en su «*bungalow*»... Y eso no le gustó.

Fue al dormitorio, recabó su pequeño radiorreceptor y pulsó el botón de llamada. Obtuvo respuesta inmediatamente:

—¿Sí?

—Soy Bubu... ¿Y Carmelo?

Hubo un brevísimo silencio al otro lado. En seguida, la voz del hombre musitó:

—¿No ha llegado Carmelo?

—Sé que no está en mí «*bungalow*». Sólo eso.

De nuevo un silencio breve.

—Está bien... Quizá se haya retrasado por algo o haya visto alguna cosa que le mantenga alejado de usted. No lo busque ni se preocupe. Carmelo decidirá el momento de la entrevista con usted.

—De acuerdo... Pero antes de las nueve de la mañana tengo que tener el dinero y el pasaporte para llevárselo a Pavlof a la isla del Espíritu Santo, tal como les dije antes.

—Está bien... ¿Alquiló ya la lancha?

—No he podido... ¿Saben ya algo de Ramón Ramírez?

—Todavía no.

—Ah... Bien, ¿qué hago si Carmelo no se presenta a tiempo, por los motivos que sean?

—Alquile la lancha esta noche, téngala preparada y salga hacia

la isla para entrevistarse con Pavlof aunque no tenga el dinero. Si eso ocurriese, concierte una nueva cita y dígale que en ésta no habrá contratiempos. Queremos esos planos, Bubu, no lo olvide. Será un buen triunfo para la

C. I. A.

regalárselos a la

N. A. S. A.

—Entiendo, entiendo...

—¿Algo más?

—No... Voy a alquilar la lancha. Cambio.

—Cambio y corto.

Volvió a esconder la radio y salió del dormitorio. Miró por la ventana del «*living*», buscando la presencia de alguien que la viese salir de su «*bungalow*», pero se tranquilizó en seguida. Ramón quizá estaba ya durmiendo; era un hombre muy sano y fuerte y necesitaba mucho descanso. En cuanto a los Wellburn, se habían retirado antes que ellos, de modo que, en el supuesto de que algo tuviesen que ver con el asunto, no podrían vigilarla ahora.

Salió y se dirigió directamente a la playa. Al otro lado de la cabaña-bar estaba el embarcadero. Cuando pasó por delante del bar, todavía había personas allí divirtiéndose. Se oía música y risas... En la terraza protegida por toldos listados y palmeras había unos cuantos jóvenes bailando...

Contrató una lancha por veinticuatro horas a partir de aquel momento a un tipo bajo y gordito, barbudo, que llevaba una mugrienta gorra de «yacht-man» que cualquiera sabía cómo había llegado hasta su cabeza. El hombre le dijo que la tendría preparada dentro de media hora, pero que el alquiler debía formalizarlo en la cabaña-conserjería.

Cuando Bubu se alejó hacia allá, Abel Wellburn salió de detrás de una palmera, sonriendo duramente...

Hacia las cuatro de la mañana, sonó el teléfono en la cabaña de Ramón Ramírez. Éste descolgó, apenas producido el primer timbrado, el auricular del supletorio de la habitación.

—¿Diga?

—Hola, José.

—Completamente despejado, no te preocupes. ¿Hay acción?

—Ya... Sí, sí...

—Entiendo.

—De acuerdo. Déjame preparado el equipo y vete a dormir.

—Sí, hombre, sí, ya lo he entendido. Lo dicho: déjame preparado el equipo doble y ve a dormir ya. Ten cuidado.

—¿...?

—Que sí, hombre... Yo me encargo de todo. Hasta la vista.

Colgó, se sentó en la cama y estiró los brazos, que crujieron sonoramente. Encendió un cigarrillo y estuvo pensativo durante un par de minutos. La idea final debió ser divertida, porque sonrió.

Apagó el cigarrillo, se puso unos pantalones oscuros y un jersey también oscuro y salió del «*bungalow*» como una sombra.

V

A las ocho y media de la mañana, Bubu Lafayette salió de su «*bungalow*» con pasito vivo y decidido, que inmediatamente encaminó hacia el embarcadero.

Llevaba unos «*shorts*» blancos y una blusita a rayas verticales rojas, negras, amarillas y verdes y un pañuelito rojo al cuello. En su mano izquierda, un bolso playero... que contenía su pistolita y el pequeño radiorreceptor, así como los pequeños gemelos.

Se sentía bastante preocupada, ya que su compañero Carmelo de la

C. I. A.

no había hecho acto de presencia. Pero, sobre todo, estaba preocupada por el «oído-mágico» que había descubierto aquella mañana en su «*bungalow*» pegado a una de las palmeras enanas.

Era fácil comprender que la situación se presentaba ya con todo su peligro... Se había pasado del tanteo a la acción, y quizá Carmelo había pagado parte de las consecuencias del cambio de movilidad de los agentes que se habían reunido en el motel «Alegrías».

De un modo u otro, no quiso llamar por la radio desde su cabaña, convencida de que quien estuviese conectado con aquel «oído-mágico» no perdería una sola palabra. Y no quiso anularlo, ya que era más conveniente dejar que, quien fuese, continuase creyendo que ella desconocía la presencia del aparatito.

No se veía a nadie en playa ni en el embarcadero. A excepción del tipo de las barbas, el gordito con gorra de «yachtman», que la saludó amablemente y se dispuso a ayudarla.

Bubu le aseguró que ella se las arreglaría bien sola, le dio dos dólares y dejó al hombre tranquilo y satisfecho. La muchacha puso la lancha en marcha, pensando que a la vuelta llamaría a aquel

teléfono que le había dado Carmelo del bar llamado «La Playa», en La Paz. Aunque era poco probable que si no sabían nada sus enlaces de radio, supiesen nada de Carmelo en el «La Playa». Carmelo se había resistido a darle aquel teléfono, pero todo tenía su explicación. Sabía que ella llegaba allá con conexión por radio y no tenía por qué comprometer él su guarida en La Paz, en tales condiciones. Sin embargo, él le había dicho dónde podía llamarlo si se encontraba en apuros, y si los de la radio no le decían nada sobre Carmelo, ella lo iba a llamar al «La Playa» a su regreso...

De pronto, Bubu se quedó mirando, absorta, sin comprender bien del todo la presencia de aquel papel pegado al tablero de mandos.

Lo cogió rápidamente y lo leyó. Estaba escrito con letras mayúsculas y decía:

«NAVEGUE EN LINEA RECTA HACIA EL CABO SUR
DE LA ISLA ESPÍRITU SANTO. Y CUANDO LE FALTE
MEDIA MILLA PARA LLEGAR, SALTE AL AGUA. ESO
SALVARA SU VIDA. NO VACILE».

Quedó estupefacta, leyendo y releiendo aquel mensaje sin firma. La cosa le intrigó tanto que se olvidó por unos minutos de la llamada por radio que tenía que hacer a sus enlaces en aquella misión. Y cuando lo recordó, estaba casi a media milla del extremo sur de la isla, según su cálculo visual.

¿Salvar su vida saltando al agua?

De pronto, lo comprendió y palideció intensamente. Se quedó mirando horrorizada el tablero de mandos, pero reaccionó en seguida, alzando vivamente la cabeza y mirando hacia la isla a la que se estaba acercando rápidamente.

Cogió su bolsa playera y se la ató a una muñeca, a toda prisa. Luego, fue hacia la popa de la lancha, se sentó allí y miró la blanca espuma que iba formando la hélice en su veloz giro continuo. Tenía que saltar con fuerza, para evitar aquella hélice. Aunque, realmente, saltando desde allí era imposible sufrir daño alguno.

Se dio un suave impulso, y en el acto tuvo la impresión de que todos sus huesos iban a romperse y que toda el agua del mar entraba en sus pulmones por boca y nariz. Se enderezó en seguida y apareció en la superficie tosiendo dolorosamente, expulsando agua

salada por boca y nariz, con lo que sus conductos respiratorios se irritaron tanto que todo el pecho empezó a dolerle...

La explosión le hizo olvidar de golpe sus pequeñas preocupaciones físicas. Pequeñas, comparadas con lo que le habría ocurrido si hubiera permanecido diez segundos más en la lancha, que acababa de estallar en una roja llamarada. Los pedazos saltaron hacia todos lados y una ola forzada llegó hasta Bubu, alzándola casi dos pies sobre el nivel normal del mar. A unas cien yardas, lo que quedaba de la lancha se hundía rápidamente, entre el siseo de las llamas que el agua iba devorando...

Abel Wellburn dejó caer los dos listones de la persiana y se volvió hacia la rubia espléndida, sonriendo. Los dos tenían todavía en sus pupilas la gran llamarada que se había producido en el mar...

—Ya está lista —dijo Wellburn.

—Ahora, tendremos que encontrar a Georgi Pavlof.

—¿Todavía crees que me he equivocado? —sonrió él.

—No sé... Parece que debe ser lo que tú dices, pero no hemos debido hacer las cosas como si lo supiésemos seguro.

—Tranquilízate. Pérez y García están en el mar, en la lancha... Todo lo que tienen que hacer ahora es dirigirse a la isla. Y allá, estoy seguro, está Georgi esperando a esa Bubu Lafayette... Sólo que, en lugar de ella, se van a presentar Pérez y García, que se las arreglarán para conseguir lo que estamos buscando.

—Georgi no será fácil de convencer a la fuerza.

—No vamos a emplear la fuerza.

—Me dijiste...

—Querida, te dije que emplearíamos la fuerza como último recurso. De momento, García y Pérez van a esperar a que Georgi se convenza de que Bubu Lafayette no se va a presentar. Entonces, Georgi se marchará hacia el lugar que él considere seguro y donde, seguramente, tiene esos planos, o sus fotografías en microfilm. Pérez y García lo seguirán en todo momento, nos llamarán y nosotros iremos entonces a conversar con Georgi Pavlof.

—Ayer debió sospechar de nosotros...

—Casi seguro. Pero esperó a hablar con esa Bubu antes de desaparecer... Debimos vigilarlo mejor, aunque... Bueno, parece que estamos considerando a Georgi como un pobre diablo.

Olvidamos que hasta hace pocos días fue un agente de la N. K. V. D...,

Él debe saber muy bien cómo desaparecer delante de las narices de quien le esté vigilando... Sólo que eso es muy difícil hacerlo en el mar.

—¿Crees que Romanof también ha desaparecido en el mar? —musitó Kate Wellburn.

El gesto de él se ensombreció.

—No lo sé... No me explico lo que ha podido ocurrir con Romanof. Tampoco Pérez y García encuentran explicación. Lo último que sabemos de él es que decidió investigar a fondo a Bubu Lafayette, y que pensaba hacer un registro en su «*bungalow*»...

—¿Crees que esa chica ha podido matarlo?

Wellburn miró a Kate como si la considerase trastornada.

—¿A Romanof? —masculló—. Bueno, eso tendría mucha gracia, querida. ¡Pues no tendría que saber matar quién se encargase de Romanof!... ¿Crees que esa chica sería capaz de hacerlo?

—Una pistola mata a cualquiera, aunque la maneje esa chica... ¿Y qué me dices del tipo que la acompaña?

—¿Ese mejicano de los bigotes llamado Ramírez? Hum... Es posible, desde luego. Parece fuerte y no tonto del todo. Ya tengo en cuenta la posibilidad de que esté guardando las espaldas a la muchacha, pero no me parece que sea así.

—¿Crees que ese hombre podría vencer a Romanof?

—¡Claro que no! Bueno, sólo tenemos que esperar a que García o Pérez nos llamen diciéndonos dónde está escondido Georgi Pavlof... ¿Qué tal si mientras tanto pedimos un apetitoso desayuno?

Kate estaba mirando por la ventana a través de la persiana.

—Están saliendo en lanchas mar adentro... No hemos sido los únicos en ver la explosión.

—En verla y oírla. Déjalos que vayan a perder su tiempo. Mejor. Así, Pérez y García pasarán más inadvertidos en el mar, al estar entre tantas lanchas. En cuanto a Bubu Lafayette..., lástima: era una chica muy bonita.

Bubu lanzó un grito de sobresalto cuando aquella forma emergió inesperadamente junto a ella, sobre las olas. En seguida comprendió que tenía ante ella a un buceador y su grito fue de sorpresa cuando

el hombre se quitó el lente monocular y la boquilla del tubo del aire.

—¡Ramón!

—Buenos días, linda —sonrió el bigotudo—. ¿Cómo te va?

—Pero...

Ramírez señaló hacia la playa de la península.

—Están saliendo algunas lanchas, que vendrán a buscarte, por si has sobrevivido. Esto va a resultar una gran tragedia para el motel Alegrías.

—Pe-pero..., ¿qué... qué haces aquí?

—Tomando un baño, ya ves. Simple precaución por si te encontrabas en apuros después de saltar de la lancha... Por cierto, que llegué a pensar que no ibas a hacerlo... Esperaste demasiado, linda.

—¿Tú... tú me pusiste la nota...?

—¿Qué nota? —sonrió Ramón.

—¿Quién eres, Ramón?

—Un amigo. Mejor dicho, Bubu: soy un compañero tuyo.

—¿Un... compañero mío?

—A menos que para ti no signifique nada el anagrama

C. I. A.

Bubu Lafayette se quedó mirando atentamente a Ramón. Los dos flotaban suavemente, con facilidad. De la playa estaban ya saliendo algunas lanchas que llegarían muy pronto adonde estaban ellos.

—¿Eres de la

C. I. A.?

—musitó Bubu.

—Sí.

—Mentira... ¡Es mentira!

—¿Eso crees? Veremos si piensas igual cuando te devuelva el millón de dólares y el pasaporte a nombre de John Bonnel que le quitaron anoche a otro compañero nuestro, el simpático taxista..., que ya no será simpático nunca más. Y veremos si continúas pensando igual cuando te ayude a conseguir el microfilm con los planos del desconector que Georgi Pavlov se ha traído de Rusia, en su huida.

—¿Cómo sabes...? ¿Dónde viste a Carmelo? ¿Por qué te dio a ti el dinero?

—Ya te he dicho que se lo quitaron, después de matarlo. Y yo se lo quité a un hombre llamado Romanof, que es quien mató a Carmelo. Tienes que comprender que en todo momento te he estado protegiendo, Bubu. Por eso vi cuando te colocaban la bomba, pero no podía quitarla anoche mismo de la lancha, porque hubiesen comprendido que contabas con más ayuda en el motel Alegría... Preferí ponerte la nota, confiando en tu buen sentido. Ahora, tú serás recogida, y regresarás al motel. Dirás que algo pasó en el depósito de combustible, que te diste cuenta a tiempo, y saltaste al mar. Eso será todo. Y a mí no deberás mencionarme. En cuanto a Georgi Pavlof, yo iré ahora nadando a la isla, y concertaré otra cita con él... ¿Qué más puedo decirte para convencerte?

—¿Quién me colocó la bomba de tiempo en la lancha?

—Abel Wellburn. Pero olvídalo. Cuando te vea regresar, permanecerá inactivo, a la expectativa. Tu actitud será la misma que la de él.

—Entonces..., ¡fue Wellburn quien me colocó el «oído-mágico» en mí *«bungalow»*!

—Fui yo —sonrió Ramón—... Tengo varios, distribuidos en las cabañas de los Wellburn, en la de Georgi Pavlof y en la tuya. En todo momento me interesaba saber lo que estaba ocurriendo. No podemos hablar más, Bubu: deja que te recojan, regresa a tu *«bungalow»* y espera más instrucciones. Adiós.

Ramón Ramírez se colocó los lentes y la boquilla del aire de los dos tubos que llevaba a la espalda y desapareció bajo las aguas.

Georgi Pavlof, de pie a un lado de la lancha que mantenía escondida en la pequeña cala escarpada, decidió esperar cinco minutos más... No se engañaba a sí mismo. Aquella explosión que había oído podía estar perfectamente relacionada con el viaje de la muchacha de ojos color mar para encontrarse con él.

¿Quería más prueba que la hora que ya había transcurrido sin que ella apareciese? Eran casi las diez, y sabía que la agente de la C. I. A.

no iba a esperar hasta las once para el viaje...

Se quedó mirando el agua, sorprendido. Pero reaccionó rápidamente, sacando la pistola.

De este modo, cuando Ramón Ramírez emergió junto a la lancha

y alzó una mano hacia la borda, se encontró con el cañón de una pistola a menos de dos pies de su frente. Detrás de la pistola, los lentes de sol y los cabellos teñidos de Georgi Pavlof.

—Guarde... guarde esa pistola, Pavlof... Tenemos que hablar. Bubu Lafayette no va a poder venir, por ahora.

—¿Quién es usted?

—Ramón Ramírez, si eso le sirve de algo. Trabajo para la C. I. A.,

en misión de apoyo a Bubu Lafayette. Cuando venía hacia aquí le ha explotado la bomba que le colocaron anoche en la lancha.

—¿Ha muerto ella?

—Pudimos arreglarlo de un modo mejor... ¿Le importa que suba a bordo? Estoy desarmado, Pavlof, si eso le preocupa.

—Bubu Lafayette no me habló de ningún compañero que la apoyase.

—¿Y por qué tenía que darle explicaciones a usted? —dijo fríamente Ramírez—. Todo lo que puede esperar de nosotros es un millón de dólares y un pasaporte, a cambio de los planos de ese desconector... ¿Alguna duda o reclamación, Pavlof?

El ruso se quedó mirando aquellos negros ojos de dura expresión.

—Suba —musitó.

Pero no se guardó la pistola. Ramón subió a la lancha, y se quitó los tubos de aire, la lente y las aletas. Se quedó mirando con cierta dureza irónica la pistola que no dejaba de apuntarle.

—¿Tiene aquí el microfilm, Pavlof?

—No diga tonterías...

—No son tonterías. Se supone que Bubu debía traer esta mañana, aquí, el millón de dólares... ¿Va a decirme que usted no ha traído el microfilm?

La voz de Ramírez restallaba secamente, y Georgi Pavlof comprendió que la cesa no iba de juego.

—Tengo el microfilm aquí, sí.

—Bien. Démelo. Y esta noche le llevaré el millón de dólares al lugar que me indique. El pasaporte...

—No se canse —dijo abruptamente Pavlof—: quiero el dinero a cambio del microfilm. Escuche, yo me he fugado de Rusia con unos planos que valen mucho más de un millón; maté a un hombre que,

como yo, trabajaba en la

N. K. V. D.

Aquí, mi vida vale exactamente lo mismo que en Ankara hace unos días... O sea, nada. Quiero el dinero y el pasaporte, para desaparecer.

—No sea absurdo, Pavlof. Entienda que nosotros, además de comprarle ese microfilm, le estamos ayudando. Sería bueno que comprendiese que el pasaporte de John Bonnel y un millón de dólares iban a servirle de muy poco si decidíamos... sentir antipatía por usted. Con el dinero y el pasaporte, usted irá a Honolulu. Y allá, poco después de su llegada, recibirá la visita de uno de nuestros agentes, que le hará muchas preguntas. Una vez contestadas, Pavlof, podrá vivir en Honolulu tranquilamente el tiempo que quiera.

—Sólo ofrecí en venta el microfilm, no una información complementaria.

—Reflexione, Pavlof: la

C. I. A.

tiene a un agente de la

N. K. V. D.

en tratos con ella... ¿Vamos a limitarnos a comprar unas fotos? Esto es algo que usted debió comprender. Queremos nombres, lugares, información. Usted estuvo en Miami hace siete meses y se nos escapó... Ahora, queremos que nos diga qué ocurrió allí y con quiénes estuvo en contacto.

Georgi Pavlof se quedó mirando fijamente a Ramón Ramírez, un poco pálido.

—La... la

C. I. A.

no supo que yo estuve en Miami hace siete meses, Ramírez...

El bigotudo sonrió irónicamente.

—Claro, claro... No lo sabemos, Pavlof: lo hemos... inventado.

—Estoy seguro de que la

C. I. A.

no se enteró de mi estancia en Miami.

—No sea cretino. Bien: ¿qué hay del microfilm?

Pavlof reflexionó unos segundos.

—Escuche esto, Ramírez... Un último trato: usted me lleva esta noche el millón de dólares y el pasaporte a La Paz, y yo le entrego

entonces el microfilm y un informe detallado de la organización que visité hace siete meses en Miami. Le garantizo un mínimo de veinte nombres.

—Acepto —dijo inmediatamente Ramírez—. Pero dígame una cosa, Pavlof: ¿por qué hace esto? ¿Por qué se convierte en un cerdo traidor?

El ruso palideció intensamente.

—¿Me desprecia, Ramírez?

—Con toda mi alma. ¿Por qué lo hace?

—Quiero el dinero, y vivir libre y sólo en un país que yo mismo elija. Me he jugado la vida muchas veces por la

N. K. V. D...,

y no he tenido nunca recompensa alguna. Sólo disgustos..., y siempre el miedo de las consecuencias de un fallo... Mis nervios ya no resistían más.

—Ya... Supongo que se da cuenta de que eso no es una disculpa para su traición a su patria.

—¡Eso es cuenta mía! ¿Qué demonios me ha dado a mí mi patria?

Ramírez le miró gélidamente.

—Es de suponer que lo mismo que las demás patrias a los demás hombres. Ahora nos iremos de aquí, Pavlof. Pero con cuidado. Si sabían que Bubu iba a salir en lancha, es obvio que estarán vigilando las aguas. De modo que... No. No vamos a ocultarnos. Por el contrario: tendrán que verlo bien, Pavlof.

—¿A mí?

—Sí. Llegaremos a La Paz, y allá usted se dirigirá directamente al lugar donde está escondiéndose desde que escapó del motel Alegrías.

—Me seguirán...

—De eso se trata.

El ruso parpadeó.

—¿Qué está intentando?

Ramírez sonrió. Tomó los tubos de aire, desenroscó el fondo de uno de ellos, sin sorprender demasiado a Pavlof, y sacó un paquete envuelto en plástico, del cual extrajo unas sandalias, una camisa, unos pantalones y una navaja. Se vistió y se guardó la navaja en un bolsillo.

—Ahora salga de este escondrijo, de una vuelta por la bahía y vaya luego hacia La Paz. Nos seguirá una lancha, y cuando usted desembarque, le seguirán por la ciudad. Y yo seguiré a quien le siga a usted.

Se tendió en la cubierta y se cubrió con una lona, tras una última mirada al dubitativo Pavlof. Poco después, la lancha salía a mar abierto, con Georgi Pavlof, bien visible, al volante...

VI

ABEL Wellburn estaba de nuevo junto a la ventana, sonriendo, haciendo saltar en su mano el «magic-ear» que ya habían inutilizado antes de que Bubu Lafayette se hiciese a la mar.

En el cuarto de baño se oía a Kate, duchándose. Ahora, ambos sólo tenían que esperar la llamada de García y Pérez. En algunos instantes, Wellburn había pensado si su teoría podía fallar, pero siempre acababa convenciéndose a sí mismo de que lo lógico era lo que él había pensado: Bubu Lafayette había ido a reunirse con Georgi Pavlof, o sea, que éste se hallaba en la isla, esperándola. De este modo, cuando se alejase, sería visto y seguido...

La sonrisa de Wellburn fue desapareciendo, lentamente, hasta convertirse en un gesto entre sorprendido e incrédulo.

—Ya regresan las lanchas —dijo.

Kate no le contestó. Era de esperar que no le oyese, estando bajo la ducha. Wellburn miró hacia allí, y acabó por acercarse a la puerta, que permanecía abierta.

—Regresan las lanchas —repitió.

Ella cerró el agua, y se quedó mirándolo también entre sorprendida e incrédula.

—¿Ya? —musitó.

—Sí... Están llegando todas a la playa...

—Eso no es natural... Se supone que aunque estén convencidos de que esa chica ha muerto, deben dedicar un par de horas a buscarla... O, por lo menos, a recuperar el cadáver o a intentarle.

—Pues ya están de vuelta —masculló Wellburn.

Kate se quitó rápidamente el jabón, se puso un fino albornoz de tono rojo, y salió del cuarto de baño, acercándose a la ventana del «*living*», por la cual estaba mirando nuevamente Wellburn.

Éste, prietos los labios, la miró, y luego señaló con la barbilla hacia la abertura de la persiana que mantenía con dos dedos. Kate miró por allí, hacia la playa, y se mordió los labios, decepcionada. En la playa, unos hombres saltaban de diversas lanchas. De otra, dos ayudaban a Bubu Lafayette a saltar, y la sostenían hasta llegar a la arena.

—No ha muerto —murmuró Kate—... ¿Cómo es posible?

—No lo sé... Pero no es natural. Estoy seguro de que la lancha ha saltado en mil pedazos.

Kate quedó pensativa unos segundos. Luego, fue al sofá, donde estaba su perrito de aguas, tranquilo y bien cebado, adormilado, y lo tomó en brazos.

—Es extraño..., pero tenemos que pensar que ella se tiró al mar antes de que estallase la lancha.

—Es la única explicación —admitió Wellburn—... De todos modos, iré a enterarme de lo sucedido... Y quizá pueda darme cuenta respecto a si ella sospecha de nosotros o no.

—Es una buena idea, Abel. Yo bañaré a «Darling», mientras tanto. No hay que perder la serenidad.

Wellburn salió del «*bungalow*», y se dirigió hacia la playa. Pero tuvo que desviarse sobre la marcha ya que el grupo de gente se dirigía, rodeando a Bubu Lafayette, hacia la cabaña de ésta. La muchacha agradecía la solicitud de que era objeto, pero aseguraba que estaba bien, que no necesitaba a nadie... Todo lo que quería era una ducha caliente, ropa seca y un café... El grupo llegó ante el pequeño porche de la cabaña siete, donde Bubu se despedía de todos dándoles las gracias y asegurándoles que estaba bien, que más tarde iría a conserjería para dar una explicación completa...

La mirada de Bubu se cruzó un instante con la de Abel Wellburn, pero éste no notó nada especial. Y cuando la muchacha desapareció en su cabaña, él regresó junto a Kate.

Kate estaba en el cuarto de baño, enjabonando minuciosamente al pequeño «Darling».

—Dicen que ella vio un conato de incendio en el depósito de combustible, y saltó al agua —deslizó Wellburn.

Kate continuó lavando a su perrito, sin mirar a Abel.

—¿Lo crees posible? —preguntó.

—No... Bueno, creo que no debemos creer que es posible...

—Pero lo es.

Wellburn encogió los hombros.

—Supongo que puede ser posible. Muy casual, pero posible. No sé. El hecho cierto es que ella se ha salvado.

—¿Te ha visto?

—Sí... No me ha parecido que me mirase de modo especial... Me ha hecho el mismo caso que a los demás.

—Debe ser una chica muy serena —susurró fríamente Kate—... Habrá que pasar pronto a mayores si nos convencemos de que es más peligrosa y astuta de lo que parece.

—Dejaremos pasar un poco de tiempo, hasta recibir noticias de Pérez y García. Entonces, tomaremos una decisión.

Pérez y García vieron detenerse la lancha en uno de los embarcaderos de La Paz, y Pérez, que conducía la de ellos, la desvió hacia otro embarcadero cercano.

—No lo pierdas de vista —dijo.

—Pierde cuidado.

Cuando llegaron al borde del embarcadero, Georgi Pavlof estaba ya amarrando su lancha.

—Date prisa... Se va a marchar de un momento a otro...

También ellos amarraron la lancha al borde del embarcadero, y subieron a éste. Como a cincuenta metros, Georgi Pavlof estaba ya caminando, alejándose del embarcadero.

—Que se va...

Amarraron por fin la lancha también de popa, y se fueron detrás de Georgi Pavlof, separándose. Estuvieron tras él durante más de una hora, dando vueltas por la ciudad. Y, finalmente, sin sorprenderlos demasiado, Pavlof regresó hacia el embarcadero. Pero no llegó allá, sino que se metió en una calle estrecha paralela al mar, y luego en una casa de un solo piso, bastante deslucida.

Pérez y García se reunieron en la esquina del mismo lado, y se quedaron mirando en silencio hacia la casa durante unos segundos, hasta que García musitó:

—¿Crees que está ahí de visita o que es su escondrijo?

—No lo sé.

—Hay que asegurarse bien... Vamos a echar una ojeada por si descubrimos algo interesante.

Camaron lentamente hacia la casa en cuestión, mirando a

todos lados con disimulo, pero no vieron nada que les llamase la atención de modo especial. Había bastante gente en aquella calle, pero eran parecidos a ellos, morenos, enjutos. La mayoría iban en mangas de camisa y con sombrero de paja. Un poco más allá del portal que les interesaba había unos cuantos niños, voceando sus juegos. En general, olía a pesca en aquella calle. Un gran automóvil pasó por allí, desentonando, desequilibrando momentáneamente el ambiente normal. Pérez y García lo estuvieron mirando, hasta que desapareció en el otro extremo de la calle, desconfiados.

Luego, entraron al portal. Era grande, destartalado, oscuro. Afuera, el sol daba la sensación de ser aún más luminoso, en contraste con lo sombrío del lugar.

No se veía nada interesante, ni se oía nada. Un tramo de escaleras ascendía hasta el único piso. Allí, todo era oscuro, y no se podía ver si había dos puertas o una sola.

—Parece que éste puede ser un lugar para que él esté escondido... ¿Qué hacemos?

—Quédate por aquí cerca, vigilando... Yo iré a telefonar a Wellburn al motel.

—Está bien. Me gustaría saber qué hay exactamente ahí arriba...

García miraba hacia allí mientras hablaba. Pérez inició la media vuelta, para salir del portal. A su espalda, la luz se ensombreció un instante antes de que recibiese el golpe en el estómago. Fue un impacto brutal, que le produjo la sensación de que lo partía en dos..., en muchos más pedazos. Se dobló hacia delante, angustiado, mareado..., recibió un tremendo rodillazo en pleno rostro que lo tiró de espaldas hacia García, que se había vuelto y estaba sacando su pistola...

No tuvo tiempo.

Unos dedos de acero se clavaron en su muñeca, paralizándola, casi triturándola. Recibió un rodillazo en el bajo vientre que casi fue suficiente para privarle del conocimiento, y un segundo después, un brazo rebosante de músculos rodeaba su garganta desde atrás.

Fugazmente, García vio el brillo de la hoja de acero, y en seguida notó el ligero pinchazo en un lado de la garganta.

—Quieto —siseó una voz—... Quieto del todo, amiguito.

La punta de la navaja penetró un poquito en la carne, y García

comprendió que la amenaza no era en vano. Se podía comprender muy bien el aviso que implicaba aquel pinchazo.

Pérez se estaba incorporando, trabajosamente. Un puntapié en un lado del cuello lo abatió definitivamente desvanecido de bruces. Luego, una mano morena, grande, durísima, extrajo la pistola del sobaco de García.

—Ponte de cara al rincón —le dijeron.

Y el pinchazo le convenció de que, por el momento, le convenía obedecer. Mientras quedaba allá, vacilando entre volverse o no en busca de una oportunidad, Ramón Ramírez quitó la pistola a Pérez y se la metió en la cintura. Guardó la navaja y apuntó a García con su propia arma.

García se volvió y se mordió los labios al reconocer al hombre. Lo había visto en el motel Alegrías, acompañando a la chica que tenían vigilada Wellburn y Kate.

—Carga con tu compañero y sube. Hazlo de prisa, porque si te entretienes y alguien ve lo que está pasando en este portal, voy a tener que mataros a los dos antes de escapar de aquí... ¿Lo entiendes?

García asintió con la cabeza. Se cargó a Pérez en un hombro, y emprendió la corta ascensión hacia el rellano. Se detuvo delante de la única puerta y se quedó mirando al bigotudo mientras éste llamaba.

—Abra, Pavlof: soy yo. Tengo a los dos pájaros.

La puerta se abrió, y García empezó a pensar que no era tan listo como se había creído siempre, al ver allá al hombre al que había estado siguiendo; ahora, las cosas habían cambiado, y Pavlof le apuntaba con una pistola, firmemente, vigilando la mirada.

—Adentro, pajaritos.

Se cerró la puerta y Pavlof, siempre pistola en mano, fue a un lado del recibidor-comedor y corrió una cortina bastante pringosa. La luz del sol iluminó completamente la pieza.

—Deja a tu amigo en el suelo y vuélvete. Agua, Pavlof.

García obedeció, y se volvió hacia el bigotudo. Pero éste no dijo nada hasta que Pavlof regresó con una jarra de agua, que vertió sobre Pérez, a una señal del bigotudo. Pérez resopló, escupiendo agua, y se sentó bruscamente en el suelo. Se llevó las manos a la cabeza y garganta, pero en seguida vio a Pavlof y Ramírez, y se

quedó inmóvil.

—Ponte en pie —sonrió Ramírez— y colócate junto a tu amigo... Vamos a empezar por los nombres... ¿Cómo os llamáis?

Los dos mejicanos apretaron los labios en resuelto gesto, pero Ramírez sonrió más ampliamente, como divertido. Se guardó la segunda pistola, sacó la navaja, y apretó el resorte: la hoja apareció tan sólo a una pulgada de los ojos de García.

—Vamos a aclarar esto, chicos: si no contestáis a mis preguntas, os mataré a cuchillo, despacito y con ganas. Y por si pensáis que estoy bromeando tomad un anticipo.

Bajó la mano, echándola hacia atrás, y en seguida la disparó hacia delante. La hoja se hundió, hasta la mitad, en el costado de Pérez, que saltó hacia atrás, cayó de rodillas, y se quedó mirando con ojos desorbitados al bigotudo. García no había salido todavía de su sobresalto cuando recibió un terrible puntazo en la pierna izquierda. La cuchillada y el impacto dieron con él en el suelo, junto a su compañero.

—Si queréis más anticipos, decidlo —susurró fríamente Ramón —... Pero os aconsejo que lo penséis bien. No se me va a alterar ni una pestaña per teneros que hacer pedacitos... En cuanto a Pavlof, estoy seguro de que no será él quien pida clemencia para vosotros.

—Déjemelos a mí, y verá... —empezó Pavlof, casi relamiéndose.

—Quizá se los deje..., a menos que vayan contestando. Veamos: ¿nombres?

—Abelardo Pérez.

—Timoteo García.

—Bien... De momento, esos nombres serán buenos para ir charlando. Más adelante, ya me enteraré de si son los auténticos o no. Vamos a ver, vamos a ver... ¿Tenéis orden de matar a Pavlof?

—No...

—¿Entonces, sólo seguirlo y avisar del lugar donde estuviese?

—Sí.

—Bien. ¿Teníais que avisar a Abel y Kate Wellburn? —Los dos mejicanos vacilaron, y Ramírez frunció el ceño—. No seáis tontos, chicos: sé que Wellburn colocó la bomba de tiempo en la lancha de Bubu Lafayette y sé que vosotros habéis estado siguiendo a Pavlof desde que se separó de la isla. Eso quiere decir que Wellburn sospechó que Pavlof estaría allí, quiso eliminar a Bubu Lafayette

para que Pavlof se alejase de la isla a su escondrijo y que vosotros lo siguierais, y... ¿Y qué más? ¿Cuáles son los planes que siguen?

—Tenemos que avisar a Wellburn...

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Bien. ¿Cuántos más sois?

—Ninguno más.

—¿Estás seguro, Abelardito? —sonrió Ramírez a Pérez—. Yo creo que tenéis que ser más de cuatro...

—Hay... un tal Romanof, pero no sabemos dónde está. Lo único que se nos ocurre es que quizá Pavlof pudo matarlo.

—Pavlof es muy malo —sonrió más Ramírez—... Pero vosotros sois muy tontos. ¿Qué clase de tratos tenéis con Wellburn?

—Él nos paga...

—No me refiero a eso. Vosotros llegasteis con él en el coche, y luego ocupasteis otra cabaña, de las modestas. Pero lo que yo quiero saber es cómo habéis conocido a Wellburn, y quién es él..., y quiénes o qué sois vosotros. ¿Me explico? Sois... espías, ¿no es eso?

Los dos mejicanos se miraron, y luego miraron la navaja, manchada de sangre, en la mano de Ramírez.

—Sí...

—Pues sois muy malos y torpes —rió ahora el bigotudo—... ¿Para quién trabajáis? ¿Para los rusos?

García se pasó la lengua por los labios.

—Sí.

—¿Cómo lo hacéis?

—Recibimos una cantidad cada mes... A cambio de eso, hemos de estar siempre dispuestos a obedecer a quien llegue con órdenes, ayudarle, guiarle...

—Entiendo. Y veo que todo éste está plagado de cochinos y traidores —miró de reojo a Pavlof, cuyo gesto era hosco—... Supongo que los Wellburn llegaron, os buscaron, y así os unisteis para este trabajo... ¿Sabéis qué trabajo es?

—Sólo obedecemos. Wellburn nos dijo que teníamos que estar bajo las órdenes directas de Romanof, pero al no encontrarlo a él, nos dijo lo que teníamos que hacer él mismo. Nosotros vigilábamos a Bubu Lafayette.

—Oh... Entonces, anoche, mientras Romanof hacía de las suyas,

vosotros no perdíais de vista a Bubu. Por eso, yo pude moverme con libertad. Cuando yo digo que no sois muy listos... Supongo que veríais a la chica ir a alquilar una lancha, avisasteis a Wellburn, éste colocó la bomba, y luego es dio las órdenes para esta mañana. ¿Exacto?

—Sí...

Ramón asintió con la cabeza, satisfecho, al parecer. Luego, estuvo pensativo unos segundos antes de preguntar:

—¿Hay teléfono aquí, Pavlof?

—No.

—Entonces me voy. Cuide de estos chicos... Supongo que sabe hacerlo... Puede atarlos, por ejemplo. Y no salga en todo el día. Hacia el anochecer, recibirá lo que usted ya sabe. Para entonces, tenga preparada la lista con esos veinte nombres de Miami. ¿Está claro?

—Sí.

—Pues hasta luego. Tengo que telefonar...

VII

BUBU Lafayette se quedó mirando, desconcertada, al hombre que había al otro lado de la puerta-mosquitero del «*bungalow*», en la parte trasera de éste. Pero el hombre empleó el sistema «Morse», dando golpecitos con los dedos en la madera, para transmitirle tres letras:

C. I. A.

Entonces, Bubu abrió la puerta. El hombre, que parecía uno de los jardineros del motel, entró, mirando a todos lados. Luego, se detuvo y fijó su mirada inteligente y aguda en la muchacha.

—¿Qué ha pasado?

—Ante todo —musitó ella—, no le conozco, señor. De modo que...

—No perdamos tiempo, Bubu. ¿Por qué no hemos recibido más llamadas por radio de usted? Se le facilitó un pequeño transmisor que...

—... Que está en el fondo del mar, en la bahía. Pusieron una bomba en la lancha con la que me dirigía al encuentro de... ¿De quién, señor?

El presunto jardinero sonrió afablemente.

—Imagino que al encuentro de Georgi Pavlof. Soy de la

C. I. A.,

señorita Watling.

—¿No se confunde? —susurró la muchacha.

—Por supuesto que no. Usted es Amanda Watling, pero está aquí con el nombre de Bubu Lafayette. Hemos estado muy preocupados... ¿Qué sabe de Carmelo?

—Nada.

—¿No llegó aquí con el dinero y el pasaporte?

—No lo he visto.

—Algo le ha ocurrido... ¿Dice que le pusieron una bomba en la lancha?

—Así es.

—¿Cómo pudo salvarse?

—Uno de los nuestros me dejó una nota en la lancha.

El jardinero alzó las cejas en un geste escéptico.

—¿De veras? ¿Uno de los nuestros? ¿Quién?

—Ramón Ramírez, el hombre del cual les hablé por radio pidiendo su identificación, precisamente. Él estaba...

—Oh, ese tipo... No es de los nuestros, Bubu.

Bubu Lafayette palideció intensamente.

—Pero él me dijo... Él sabe todo lo que...

—No importa lo que le haya dicho ni lo que sepa. Ese Ramón Ramírez no es de los nuestros. Y no perdamos tiempo discutiendo sobre eso, señorita Watling.

—Bien...

El jardinero la miró con cierta irónica amabilidad. Pasó al «*living*», tomó un cigarrillo de la cajita y lo encendió, siempre mirando a Bubu, que se retorció los dedos.

—No tengo nada contra las mujeres —musitó amablemente—. Pero en ocasiones complican mucho las cosas. ¿En ningún momento tuvo dudas respecto a la verdadera personalidad de ese Ramón Ramírez?

—Sí... Bueno, hubo unos momentos en que pensé que él mentía, pero...

—En ese mismo momento debió matarlo —dijo fríamente el hombre de la

C. I. A.

—. Es lo que él habría hecho con usted si hubiese sospechado que algo no iba a gusto suyo. ¿Dónde está ese hombre ahora?

—Con..., con Georgi Pavlof...

Al falso jardinero casi se le cayó el cigarrillo. Estuvo unos segundos mirando a Bubu, estupefacto, incrédulo, aturdido.

—¿Con Georgi Pavlof? ¿Está usted loca? ¡Ese hombre va a derribar todo nuestro trabajo de dos semanas! ¿No se le ha ocurrido que puede ser un agente de la

N. K. V. D.

con misión de localizar a Pavlof y quitarle ese microfilm del desconectador que usted nos dijo?

—Yo... Bueno, no creo...

—¡No cree...! —bufó el hombre—. ¡Por el amor de Dios...! ¿Con qué clase de gente cree que está usted jugando?

—Pero es que..., es que él está de nuestra parte. Me aseguró que vería a Pavlof, que conseguiríamos el microfilm de..., de los planos del desconectador...

—¡Claro que conseguiría el microfilm! ¡¡¡Pero no para dárselo a nosotros!!!

—Yo... Yo... no..., no sé... Él..., él me salvó la vida...

—Oh, magnífico... Si tuviera tiempo le contaría varias anécdotas respecto a eso. Podríamos empezar por la del granjero que llama al veterinario para que una de sus gallinas no se muera... La pregunta es ésta: ¿en quién piensa el granjero, en la gallina o en los huevos que la gallina produce?

Bubu se dejó caer en el sofá, encendió un cigarrillo con manos temblorosas y se quedó mirando fijamente el suelo.

—Lo siento... Lo siento de veras... Creo que tendré que retirarme de esto...

En aquel momento sonó el teléfono. Los dos se volvieron hacia el aparato, sobresaltados. E jardinero le hizo una seña a Bubu, que descolgó el auricular.

—Diga...

—¡Ramón!

—Sí... Sí, todo va..., va bien...

El hombre de la

C. I. A.

se colocó junto a Bubu, que separó un poco el auricular de su oreja para que él pudiese oír también la conversación.

—Sí... Sí, Ramón...

—Entiendo... Entiendo, sí... ¿Dónde estás ahora?

—Ya... Bueno, esperaré tu próxima llamada desde La Paz... No, no haré nada hasta entonces, prometido.

—¡¿Cómo?!

—Sí... Sí, voy a mirarlo... Ramón... ¡Ramón!

Apartó el auricular y se quedó mirando al hombre de la

C. I. A.

—Ha colgado...

—Ya lo he oído... —dijo el jardinero, muy pálido—. Vamos a ver si es cierto eso de Carmelo.

Fueron los dos al dormitorio y el jardinero se dejó caer de rodillas. Metió una mano bajo la cama, tanteando. Se quedó inmóvil un instante. Luego, empezó a tirar de algo que pesaba bastante. Lo primero que vio Bubu Lafayette fue una mano. Luego el brazo, el hombro, la cabeza...

—Carmelo...

El de la

C. I. A.

acabó de sacar el cadáver y se lo quedó mirando.

—Bien... Otro que pasará a la lista de los caídos anónimamente en el cumplimiento del deber, señorita Watling.

—No... Yo no sabía... No podía prevenir...

—Claro que no. No se culpe de la muerte de Carmelo. Estas cosas pasan a menudo.

—¿Qué..., qué hacemos con el..., con el cadáver?

—Va a parecerle brutal, pero creo que lo mejor es que continúe debajo de su cama, por el momento.

Lo volvió a esconder allí. Luego se dirigió hacia la puerta que daba al pequeño jardín trasero del «*bungalow*». Y antes de salir, dijo:

—Ramón Ramírez va a volverla a llamar, según dice. Cuando eso ocurra, llámenos por la radio de bolsillo...

—Está en el fondo de la bahía.

—Suponíamos eso. Aquí tiene otra... —Se la entregó—. No se confíe pase lo que pase. Cuando ese tipo la llame, díganoslo y pónganos al corriente de todo. Nosotros decidiremos, en última instancia.

—Está bien...

—Y se lo repito: no es de los nuestros. Por mucho que él diga o haga en su favor, piense en la gallina que pone huevos. Para él, usted debe ser una linda gallina.

Se marchó, sin más.

Bubu se quedó mirando la radio, desmoralizada, abatida. A ella la engañaban con facilidad, eso era evidente. Pero en lo de engañar, cada uno tiene su turno...

En la cabaña del servicio del motel Alegrías, Ramón Ramírez sonrió, mirando por la ventana al falso jardinero. Se volvió hacia el camarero José.

—Ahí tenemos a otro de la

C. I. A.

—Peor para él —dijo José—. ¿Crees que ese Pavlof va a cumplir su parte?

—Le conviene hacerlo. De todos modos, tengo varias fotos de él. Si escapase, no tardaría ni tres días en caer en un cepo nuestro, y nos diría todo lo que nos interesa... ¿Qué sabes de las palomas?

—Nada especial... Pero calculo que alguna habrá llegado con un mensaje.

—Iré a verlo. Me llevo tu bicicleta.

—Bueno. ¿Crees que esa chica se ha creído que la llamabas desde La Paz?

—Es un poco tonta, en el fondo, según parece —rió Ramírez.

Salió de la cabaña y llegó sin ser visto hasta donde estaba la bicicleta de José. Subió en ella y le dio a los pedales con energía... Poco después, llegaba al mismo ranchito de la tarde anterior. En el tejado continuaba, impávido, el mismo hombre, con el rifle en las manos.

—¿Algo nuevo, Pedro?

Pedro señaló hacia el palomar y Ramón fue hacia allí. En seguida vio a la paloma que tenía el canutillo en una pata. Se lo quitó, sacó el papel y leyó:

«Fotos recibidas han sido estudiadas. No conocemos
mujer. Hombre se llama Dimitri Kamenek, ruso,
N. K. V. D.

Últimamente operaba en Europa. Muy peligroso.
Seguimos investigando sobre la mujer. Buena suerte».

Ramón encendió una cerilla, cuya llama aplicó a un cigarrillo y luego al papel. Salió del palomar, subió a la bicicleta y se dirigió hacia la salida de la granja, moviendo una mano en gesto de despedida hacia el impassible Pedro.

A mitad de camino hacia el motel Alegrías vio el pequeño bosquecillo de pinos que parecía adentrarse en el mar. Miró su reloj, llevando la bicicleta con una sola mano, y sonrió.

—¿Por qué no? Será bueno que descanse unas horas, antes de volver a llamar a Bubu...

Se metió con la bicicleta por entre los pinos. La detuvo, saltó, buscó una buena sombra y se tendió, panza arriba, cruzando las manos sobre el breve estómago de atleta.

Tres segundos después, su espeso bigote se agitaba bajo los resoplidos de un sueño perfecto, profundo, reparador...

VIII

BUBU saltó del sofá cuando sonó el teléfono. Corrió hacia el aparato, descolgó el auricular...

—¿Sí?

—Hola, Ramón...

—Sí... Sí, lo entiendo...

—Debajo de la palmera enana que hace el número cuatro... Sí, lo voy a recoger en seguida... No, no es necesario que apunte la dirección. Dímela y la recordaré...

—Sí... Sí, está bien... Iré en tu coche, de acuerdo... No creo tardar más de media hora. De acuerdo... Hasta ahora.

Bubu colgó y se quedó mirando el teléfono con gesto de duda. Pero, a fin de cuentas, ella trabajaba para la

C. I. A.,

y sus inclinaciones personales no tenían importancia.

Accionó la diminuta radio que aquella tarde le entregara el falso jardinero.

—¿Bubu? —preguntaron en seguida.

—Sí... Ha llamado Ramón Ramírez. Me ha dicho dónde está la cartera que traía anoche Carmelo. Tengo que llevarla a La Paz, Avenida del Mar, diecisiete. Allá está Georgi Pavlof, que a cambio del dinero y el pasaporte nos entregará el microfilm. ¿Qué hago?

—Vaya a esa dirección.

—Pero si Ramón no es de los nuestros...

—Recoja el dinero y vaya allá. No se preocupe. Vamos a darle un buen escarmiento a ese tipo llamado Ramón Ramírez. Y no se deje engañar más. Si es necesario, mátelos... ¿Sabe cómo hacerlo?

Bubu captó la dura ironía de aquellas palabras y tragó saliva.

—Sí... Sí, sé cómo hacerlo.

—Pues hágalo, si es necesario. Piense que siempre es mejor lamentar la muerte de cualquiera a que la entierren a usted misma.

—Entiendo... Bien, voy a por la cartera y... Iré a La Paz.

—De acuerdo.

Bubu cortó la comunicación, salió del «*bungalow*» y fue hacia la palmera que Ramírez le había indicado. Escarbó allí y en seguida encontró la cartera. La abrió y vio el millón de dólares y el pasaporte a nombre de John Bonnel, destinado a Georgi Pavlof.

Nerviosa, preocupada, fue adonde estaba el descomunal «Cadillac» color rojo cegador, vio las llaves en el contacto y se metió en el vehículo, poniéndolo en marcha inmediatamente hacia La Paz...

Y siempre vigilando detrás de las persianas graduables de su cabaña, Abel Wellburn suspiró profundamente y se volvió hacia Kate, que parecía lánguidamente desmayada en el sofá, con su perrito de aguas en los brazos.

—Vámonos, Kate. Esa chica ha recogido la cartera...

—¿La cartera?

—Ahí debe estar el millón de dólares, o lo que sea que Pavlof va a cobrar por los planos. Creo que empiezo a comprender algo sobre la desaparición de Romanof. Vamos, tenemos que seguir a esa Bubu Lafayette, ya que es seguro que va a entrevistarse de nuevo con Pavlof... Y esta vez no habrá fallos. Vamos a ver qué cara pone Georgi Pavlof cuando le digamos quiénes somos...

Georgi Pavlof acabó de desatar a Pérez y García, los cuales le miraban lógicamente sorprendidos.

—¿Por qué hace esto? —musitó García.

—Tengo mis motivos. Marchaos de aquí en seguida. Y olvidad el asunto.

Los dos mejicanos cambiaron una mirada de desconcierto. Pero un hombre al que le dicen que puede marchar con vida, de una situación que había estado considerando como mortal, no se detiene demasiado a pensar.

Se pusieron en pie los dos y se dirigieron hacia la puerta.

Detrás de ellos, Georgi Pavlof sonrió cruelmente, sacando su pistola con silenciador, que apuntó a la espalda de García, el cual, ya en la puerta, empezaba a volverse, diciendo:

—Le agradecemos que, por lo que sea, nos deje...

Plop. Plop. Plop.

García se llevó las manos a la espalda, como queriendo arrancar de ella aquellos tres pinchazos de un hierro al rojo que la estuviese torturando. Pérez ni siquiera tuvo tiempo de volverse, ya que Pavlof desvió la pistola hacia él y volvió a disparar, por tres veces. Las balas se clavaron también en la espalda de Pérez, que cayó primero de rodillas, dando de cara contra la puerta y luego se volvió a medias, buscando a su compañero...

Tendió las manos hacia él, pero García tenía los ojos ya velados por la muerte y no podía hacerle el menor caso; dieron de cara uno contra otro, como queriendo abrazarse, y cayeron de lado, en montón, con los ojos abiertos desmesuradamente, desencajada la boca...

Georgi Pavlof se acercó a ellos y los miró fríamente.

—No podíais escapar con vida de esto... ¿Quién sabe si por cualquier motivo, más adelante habríais estado en condiciones de señalar a Georgi Pavlof?

Se guardó la pistola y se dedicó a arrastrar los cadáveres de los dos mejicanos al dormitorio. Los dejó allí, en el suelo, de cualquier manera, sin que pareciese impresionado en lo más mínimo.

Luego regresó al recibidor-comedor y se dedicó a preparar café, plácidamente, como si nada hubiese ocurrido.

Media hora después, llegó Ramón Ramírez. Su primera preocupación fue hacia los prisioneros, a los cuales no veía allí.

—¿Y los mejicanos?

—Se desataron... Estuvieron a punto de escapar.

—¿Estuvieron a punto de escapar?

—Casi me sorprendieron... No tuve otro remedio que dispararles a la espalda, o habrían salido vivos de aquí... Están en el dormitorio.

Ramírez fue hacia allá y examinó los dos cadáveres. Miró al ruso, en silencio, con una expresión tal que demostraba que sabía la verdad, pero que no tenía deseos de discutir. Posiblemente, comprendía la actitud de Pavlof, quizá porque en iguales circunstancias él habría hecho lo mismo.

—Está bien, Pavlof... No vamos a hacer comentarios sobre las muertes de estos dos desgraciados... ¿Huelo a café?

—He hecho un poco... ¿Quiere?

—Sí, gracias... Aunque, bien pensado, no.

—¿Teme que le envenene?

—De un traidor, cobarde y asesino como usted, lo temo todo. ¿Ha preparado la lista de esos veinte nombres comunistas de Miami?

—No.

—Pues hágalo.

—El dinero.

—Llegará dentro de muy poco. Empiece a trabajar, Pavlof. Una vez tenga esa lista y el microfilm, sería muy agradable para mí estar a su lado lo menos posible. Huele que apesta a cochino.

—No haré la lista hasta que tenga el dinero —masculló Pavlof.

—Está bien... Ya no importa perder media hora.

Fue muy poco más de media hora. Hacía apenas unos minutos que había anochecido cuando llamaron a la puerta. Pavlof sacó en seguida la pistola, mirando hacia allí, pero Ramírez le dirigió una mirada despectiva.

—Tranquílcese. Es Bubu Lafayette.

Lo era, en efecto. La muchacha entró como si tuviese prisa y se quedó mirando primero a Pavlof y luego a Ramírez.

—¿Todo va bien, Bubu? —preguntó Ramírez.

—Sí...

—Estupendo. Pon el dinero y el pasaporte que lo vea Pavlof... Y dile que nos entregue de una vez el microfilm.

Ella fue hacia la mesa y dejó allí la cartera. Pavlof se apresuró a abrirla. A lo primero que concedió su interés fue al pasaporte; luego, al dinero, cuya cantidad calculó por los fajos de billetes.

—¿Conforme? —dijo Bubu.

—Sí.

—El microfilm, Pavlof.

—Primero esa lista de agentes rusos en Miami... —dijo Ramírez—. El microfilm es fácil de entregar. Haga la lista, Pavlof. Quiero nombres completos, direcciones, lugares de reunión... Y quiero que sepa que si lo que esa lista indica no fuese cierto, yo mismo, personalmente, le buscaría para matarlo como a un cerdo.

—Será una lista auténtica... —sonrió el ruso—. Y la haré con mucho gusto. Ya que mis compatriotas me buscan para matarme,

será un placer darle a usted una lista de nuestros agentes en Miami... En realidad, con esta lista podrán limpiar Miami de agentes soviéticos, Ramírez.

El bigotudo no pudo disimular el brillo de feroz alegría que pasó por sus negros ojos.

—Magnífico, Pavlof. Escriba.

El ruso invirtió cinco minutos en confeccionar aquella lista. Había estado en Miami siete meses antes, en efecto, con misión de reconocimiento y afianzamiento del sistema de espionaje soviético en esa ciudad. Sus conocimientos al respecto eran totales.

Cuando entregó la lista a Ramírez, éste le echó un rápido vistazo y resultó evidente su conformidad con ella. Su expresión fue la de quien tiene sospechas y se las confirman de modo fidedigno.

—Bien, Pavlof. Ahora, el microfilm.

El ruso fue hacia un rincón, alzó una tabla y sacó un pequeño cartucho metálico, que hizo saltar en su mano antes de tenderla hacia delante. Bubu y Ramón se adelantaron a la vez, pero la pistola de la muchacha apareció de pronto en su mano, apuntando a Ramírez.

—Yo me encargaré de esto, Ramón.

—No veo que tenga importancia que seas tú o yo quien...

—Tiene mucha importancia. ¿Quieres alzar las manos y estarte quieto, por favor? Usted, Pavlof, puede marcharse ya. No olvide que debe ir a Honolulu, donde, dentro de muy poco, recibirá la visita de uno de los agentes de la

C. I. A.

El ruso parecía desconcertado, mirando a una y otro.

—Pero ¿este hombre no es uno de ustedes?...

—No. No sé quién es, ni cuál es su juego, pero sí sé que el microfilm voy a quedármelo yo, y...

La puerta se abrió bruscamente y una voz sonó detrás de Bubu Lafayette:

—Lamento contradecirla, señorita... Creo que el microfilm vamos a quedárnoslo nosotros. ¡No se mueva!

Bubu quedó petrificada. Pero sus ojos se desviaron hacia Ramón Ramírez, convencida de que éste mostraría un aire de triunfo final y sintiéndose ante todo irritada por esta circunstancia.

No había tal expresión en los negros ojos del bigotudo.

Solamente un poco de ironía, que pretendía ocultar aquella expresión vigilante, vivaz, la que realmente correspondía al inteligente rostro de Ramón Ramírez.

Ninguno de los tres se movió.

Pero sí lo hizo Abel Wellburn, adelantándose hacia Pavlof y tomando de su mano el microfilm.

—Éste es el final de partida, Georgi Pavlof... Supongo que sabes lo que te espera, siendo un traidor.

Habló en ruso, pero tanto Bubu como Ramírez no se extrañaron y, además, parecieron comprender perfectamente aquellas palabras, si bien permanecieron inmóviles y en silencio.

—Tengo..., tengo un millón de dólares —musitó Pavlof—. Podemos hacer un arreglo que me permita...

—¿Vivir? —rió Wellburn—. No, no, querido Georgi... Para vivir, hay que permanecer fiel a Rusia, a la
N. K. V. D.

¿Cómo has podido ser tan imbécil de creer que podrías salir con vida de este asunto?

—Un millón de dólares es mucho dinero...

—Ciertamente. Pero entiende que, de todos modos, vamos a quedarnos con ese dinero, Georgi Pavlof... ¿No es así, Katia?

Kate Wellburn, con su perrito en un brazo y la pistola en la otra mano, asintió amablemente.

—Así es, Dimitri. Entregaremos el microfilm a la
N. K. V. D.

Es lo que les interesa... Y no tienen noción de la existencia de ese millón de dólares.

—Una buena jugada —sonrió Ramírez—. Quedan magníficamente con la

N. K. V. D.

y se embolsan de modo particular un millón de dólares... Enhorabuena.

—Gracias... —sonrió Dimitri Kamenek—. Pero díganos: ¿quién es usted, si puede saberse?

—Un luchador con mala suerte.

—¿Mejicano?

—Oh, sí, sí... Desde luego.

—Pues habla usted el ruso casi mejor que nosotros.

—Muy amable, Dimitri Kamenek.

El falso Abel Wellburn entornó los ojos.

—¿Me conoce?

—MM... No personalmente. Pero sabemos algo de usted. Según se dice, es un hombre muy peligroso.

—¿Lo duda?

—Ya no —suspiró Ramírez, sonriendo—. Pero me inclino a creer que es un hombre algo... ingenuo.

—¿Ingenuo? ¿Por qué?

—Porque está aquí. O sea, precisamente donde yo quería tenerlo. Por si no lo sabe, la señorita —señaló a Bubu— es agente de la

C. I. A.

Y como no se fiaba demasiado de mí últimamente, ha requerido la ayuda de algunos de sus compañeros... La consecuencia final es que en estos momentos la casa está rodeada de agentes de la

C. I. A.

en México... ¿No es cierto, Bubu?

Bubu Lafayette miró admirativamente a Ramírez.

—Es cierto, Ramón. Todos estamos metidos en la trampa... Y sólo saldrán vivos los que la

C. I. A.

quiera. Me temo que el señor... Wellburn y su esposa no van a ser de éstos, a menos que dejen caer esas pistolas y me entreguen el microfilm... ¿Cómo sabes tanto, Ramón?

—Pos, querida... Resulta no más que dos y dos siempre son cuatro. Y quien sabe sumar, siempre gana las batallas... matemáticas.

—¿Crees que vas a ganar esta batalla?

—Yo diría que la tiene ganada la

C. I. A.,

¿no? —sonrió Ramón.

Bubu frunció el ceño. Dimitri Kamenek hizo lo mismo, mientras miraba de uno a otro.

—Coge la cartera, Katia. Vamos a matar a esta gente y nos iremos en seguida... Ya veremos si es cierto que estamos cercados. Y si lo es, no les resultará fácil detenernos.

Katia se adelantó hacia la cartera y, en aquel momento, Georgi

Pavlof pareció comprender que todos sus planes se venían abajo, que nada iba a conseguir después de tantos peligros, de tanto miedo pasado...

Saltó hacia la rusa, pero Wellburn fue mucho más rápido... Y sin esfuerzo ninguno. Sólo tuvo que apretar el gatillo de su pistola y Pavlof quedó frenado en seco. Se llevó las manos al estómago, cayó de rodillas y luego de bruces, sonoramente, contra el piso.

—Remátalo.

Katia se acercó a Pavlof, lista la pistola, pero sin conceder importancia a su moribundo compatriota.

Fue un error.

Cuando empezaba a apretar el gatillo, vio la pistola en la ensangrentada mano de Georgi Pavlof. Éste se había llevado las manos al estómago, pero, en la caída, las deslizó hacia donde guardaba su propia pistola y, al mismo tiempo que Katia le apuntaba a él, él apuntaba a Katia, con los ojos brillando de deseos asesinos.

Dimitri Kamenek lanzó un grito de advertencia, y desvió su arma hacia Pavlof... Se oyeron tres apagados disparos al mismo tiempo: Pavlof recibió la bala disparada por Katia en el pecho, hacia el estómago, y la disparada por Dimitri en plena frente..., pero un instante después de que hubo apretado el gatillo de su pistola.

De este modo, la que disparó él fue directa hacia el pecho de Katia... Pero el perrito de aguas tenía que servir para algo. Su cabeza estalló completamente, salpicando el rostro de Katia, a cuyo pecho, y muy cerca del hombro, la bala disparada por Pavlof llegó muy débilmente.

No obstante, saltó hacia atrás, soltando el cadáver de su perrita de aguas. Vio claramente a Bubu Lafayette recuperando su pistola y dirigió hacia ella su arma, inciertamente, medio velados los ojos...

Dimitri vio con mucha más claridad lo que intentaba Bubu, y dirigió hacia ella su pistola. Bubu disparó contra Katia precipitadamente, pero habría muerto a manos de Dimitri si, de pronto, en el pecho de éste no hubiese aparecido el mango de una navaja.

Katia pareció aplastarse contra el suelo, mientras Bubu miraba al estupefacto Dimitri Kamenek, que contemplaba el mango de la navaja sobresaliendo de su pecho. Cuando, en su agonía, quiso

reaccionar, Ramón Ramírez ya había saltado hacia él, quitándole la pistola y empujándole rudamente hacia donde, ya muerta, yacía Katia, sobre el cadáver del perrito de aguas...

Por un instante, Bubu Lafayette contempló incrédulamente la escena, fruto de tan rápidos e imprevistos acontecimientos. Cuando comprendió todo lo que había sucedido en aquellos tres segundos, se volvió hacia Ramón Ramírez, alzando la pistola, sabiendo que la última jugada todavía no estaba sobre el tapete.

Ramón Ramírez le quitó con suave habilidad la pistola de entre los dedos, sonriendo.

—¿Estás bien, Bubu? —se interesó amablemente.

La muchacha estuvo un par de segundos contemplando aquellos negros ojos, el bigotazo, la sonrisa amable, cariñosa... No. La partida todavía no había terminado... Y Ramón Ramírez tenía la última palabra.

—Te diría muchas cosas, Bubu... Pero los de la

C. I. A.

estarán ya subiendo la escalera, quizá... De un modo u otro, tú sabes que tienen rodeada la casa...

—Sí, Ramón... Por eso no podrás escapar, aunque me mates.

Ramírez sonrió afectuosamente.

—¿Matarte? Querida niña, lo cierto es que te amo. Pero... Bueno, espero que me comprendas. No puedo quedarme aquí, contigo, esperando a los de la

C. I. A.

—No podrás escapar.

—Sólo te diré una cosa. Esta noche, a las once, regresa a tu «bungalow» del motel Alegrías. ¿Lo recordarás?

—Si estoy viva, sí.

—Estarás viva, linda, te lo aseguro. Y ahora, tengo que despedirme... ¿Me llevo un poco de tu amor, Bubu, o todo fue una dulce y simpática mentira?

—Hubo... Hay algo de verdad en ese amor, Ramón.

—Eso es maravilloso... Adiós, Bubu.

La atrajo hacia él y la besó en los labios, fuerte, profundamente... Bubu Lafayette empezó a pensar que todavía podía ganar la partida, y sus brazos se alzaron hacia el cuello del bigotudo. Si conseguía retenerlo tan sólo un minuto o dos...

¡Clock!

¡Clock!

Los dos golpetazos resonaron, el segundo mucho más levemente, en la cabeza de Bubu Lafayette. No supo nada más.

Ramón Ramírez la sostuvo en brazos, dejándola caer suavemente al suelo. Se inclinó sobre ella y la besó en la punta de la nariz.

—Buena suerte, Bubu.

Recogió el microfilm, la cartera con el millón de dólares, se aseguró de que llevaba la lista de los veinte espías comunistas establecidos en Miami y se dirigió a la ventana..., en el mismo momento en que se oían las pisadas veloces en la escalera...

Cuando los dos hombres entraron en el piso, vieron la sangrienta escena... y una ventana que daba al patios interiores abierta de par en par, dejando pasar el fresco airecillo marino de la bahía de La Paz.

Cuando entraron los tres en el «*bungalow*» de Bubu, vieron los cadáveres de Carmelo y de Romanof, en el centro del «*living*». Y delante de los cadáveres, la cartera que en primera instancia había sido arrebatada a Carmelo y luego a su asesino, el ruso Romanof.

—Ha estado aquí —dijo el que se había hecho pasar por jardinero aquella tarde—. Y se burla de nosotros dejándonos unos cadáveres y la cartera vacía.

Tanto el falso jardinero como su compañero tenían la pistola en la mano. Bubu ni siquiera se molestaba en eso. Sabía que Ramón Ramírez había volado definitivamente. Pero si le había dicho que fuese a su «*bungalow*» tenía que ser por algo...

¿Por una cartera vacía y un par de cadáveres?

Se acercó y cogió la cartera. La abrió, mientras los otros dos agentes de la

C. I. A.

se iban irritando más y más.

—Quizá sea un agente europeo...

—Europeo o no, lo cierto es que ha volado con todo, Peters... No nos ha dejado nada: ni el dinero, ni el pasaporte, ni el microfilm de Pavlof...

—Algo ha dejado —musitó Bubu.

Mostró el interior de la cartera. Allá estaba el pasaporte, el

millón de dólares... y una nota.

—Quien quiera que sea, es un tipo raro —musitó Peters—. ¿Por qué no se habrá llevado el dinero? ¡Es un millón de dólares!

La explicación era muy simple y estaba contenida en la breve nota escrita con unas letras mayúsculas cuyos caracteres ya conocía la bonita Bubu Lafayette.

Decía:

«TENEMOS EL MICROFILM DEL DESCONECTADOR
Y LO QUE REALMENTE NOS INTERESABA: UNA LISTA
CON VEINTE NOMBRES DE AGENTES COMUNISTAS
EN MIAMI. EN CUANTO AL MILLÓN DE DOLARES,
ACÉPTENLO COMO UN OBSEQUIO DEL

F. B. I.

DE NADA.

»Ramoncito».

ESTE ES EL FINAL

UBU había dejado su coche junto a la cabaña, en la cual no había nadie en aquel momento. Por eso, ella se dirigió hacia el río de aguas cristalinas lentamente, notando el rapidísimo latir de su corazón.

Vio al pescador de espaldas, sentado en el pequeño embarcadero, sosteniendo la caña como si estuviese medio dormido. Tan dormido debía estar que cuando ella llegó junto a él, sin molestarse en amortiguar sus pisadas, el hombre ni siquiera se movió. Y ella musitó:

—Ramón...

El pescador parecía despertar, sobresaltado. Se volvió, y sus negros ojos quedaron fijos en la preciosa Bubu, con gesto de extrañeza.

—Buenas tardes, señorita... ¿Busca a alguien?

Bubu Lafayette parpadeó, desconcertada por un momento. Aquel hombre sin bigote, de cabello bien recortado, anchos hombros, frente despejada, mirada directa, labios prietos, duros... ¿Se parecía aquel hombre en algo a Ramón Ramírez?

—¿Busca a alguien? —insistió él.

—Yo... Bueno... Busco a un hombre llamado Ramón Ramírez...

—¿Ramón Ramírez?

—Sí.

—Pues... Vaya, creo que se equivoca... Estamos en Florida, señorita..., señorita...

—Bubu Lafayette.

—Ah... Bueno, quería decirle que se ha equivocado... Claro que en Florida hay muchos nombres españoles, sí... Pero se equivoca... Mi nombre es King Chapman. Si puedo ayudarla en algo...

—Estoy buscando a un hombre que lo mismo puede llamarse King Chapman que Ramón Ramírez; lo mismo puede llevar bigote

que no llevarlo; igual matar a un ruso que salva la vida a una agente de la

C. I. A.

Tanto le da clavar una navaja en la espalda de un ruso llamado Romanof como besar a una muchacha llamada Bubu Lafayette... Un hombre capaz de robar un microfilm a la

C. I. A.

Un hombre que entrega ese microfilm al

F. B. I.,

para que el

F. B. I.

se lleve los triunfos al regalarlo a la

N. A. S. A.

y, en cambio, regala un millón de dólares... como obsequio del

F. B. I.

Un hombre que, tras no pocas gestiones, ha sido localizado por la

C. I. A.

como uno de los más efectivos y audaces agentes especiales del

F. B. I.

Un hombre que habla ruso como si fuese ruso, español como si lo fuese, inglés como si fuese inglés... Un hombre que pone «oídos-mágicos» en todas partes, que es embustero, astuto, simpático, bonachón, asesino, apasionado, displicente, irónico... Estoy buscando a un hombre que es capaz de jugarse la vida como si fuese una tontería... y que luego hace un obsequio de un millón de dólares de parte del

F. B. I.

Pero quizá no existe ese hombre, señor... ¿Usted qué cree?

El pescador de caña sostuvo ésta con una mano y con la otra se rascó la coronilla furiosamente.

—Pos... ¿quién sabe, linda? —dijo en español.

Ella se arrodilló a su lado y le cogió una mano. Sus ojos brillaban intensamente.

—Ramón, he venido...

—King Chapman —corrigió él.

—¡Está bien, King Chapman! —refunfuñó ella—. King, pienso seguir en la

C. I. A.,
a pesar del fracaso que he tenido por tu culpa. Pero he pensado que
eso no importa para que un hombre del

F. B. I.

me bese y me ame, y amarlo yo a él... ¿Qué dices, Ramón?

—King Chapman.

—¡No me irrites, King Chapman! Y no te hagas más el idiota...
Te conozco bien: esos ojos, los hombros, la barbilla... ¡Oh, vamos,
un bigote no es bastante para engañar a una agente de la

C. I. A.!

¡Tú eres Ramón Ramírez y yo te amo! ¿Tienes algo que decir?

King Chapman alzó las cejas y pareció pensativo unos segundos.
Por fin sonrió y dijo, pasando su mano libre por la esbelta nuca de
Bubu Lafayette:

—Te invito a un «*rocks-ron*» en mi cabaña... ¿Aceptas?

Bubu besó aquellos prietos labios varoniles, duros.

—¿Cómo podría rechazar un obsequio del

F. B. I.,

mi amor?

FIN

AGENTE FEDERAL

"LOS FEDS."

símbolo

de la

LEY

contra

el crimen.



Es, naturalmente,
una publicación de
EDITORIAL ROLLÁN, S.A.
Amaro García, 17 • Madrid-5



PRINTED IN
MEXICO

PRECIO DE ESTE VOLUMEN
8 Pesetas

